



Este capítulo forma parte del libro:

La experiencia vital femenina en la academia mexicana contemporánea. Repensar el género en diálogo desde la autoetnografía

**Susan Street
(Coordinadora)**



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

Número de edición: Primera edición electrónica

Editorial(es):

- Universidad Autónoma de Aguascalientes
- Centro de Investigaciones y Estudios Superiores (CIESAS)
- El Colegio de San Luis

País: México

Año: 2025

Páginas: 380 pp.

Formato: PDF

ISBN: 978-607-2638-15-0 (UAA)
978-607-486-759-6 (CIESAS)
978-607-2627-49-9 (COLSAN)

DOI:

<https://doi.org/10.33064/UAA/978-607-2638-15-0>

Licencia CC:



Disponible en:

<https://libros.uaa.mx/uaa/catalog/book/341>

¿ATENEA O HESTIA? LAS DIOSAS QUE HAN ACOMPAÑADO MI CAMINAR ACADÉMICO

YOLANDA PADILLA RANGEL
(UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE AGUASCALIENTES)

Lo mismo que las mujeres solían ser inconscientes de los poderosos efectos que tenían en ellas los estereotipos culturales, pueden también ser inconscientes de las poderosas fuerzas internas que influyen en lo que hacen y cómo se sienten...

Dentro de las mujeres contemporáneas las diosas existen como arquetipos y pueden, como en la antigua Grecia, conseguir lo que les corresponde y reclamar potestad sobre sus súbditos. Incluso sin saber a qué diosa está sometida, una mujer puede, no obstante, prestar fidelidad a un arquetipo concreto durante un tiempo o durante toda su vida.

Jean Shinoda Bolen

INTRODUCCIÓN

¿Por qué relacionar mi memoria con unas diosas griegas no decolonizadas? Considero que narrar es dotar de sentido (Arfuch, 2002),¹ en este caso, a mi trayectoria académica, y para ello escribo aquí una mezcla entre relato autoetnográfico y narrativa metafórica. ¿Qué diferencia hay entre un relato histórico y uno ficticio? En la estructura, ninguna,

¹ La idea de que la narración otorga sentido es tomada de Paul Ricoeur.

dice un autor (White, 1978). Escogí narrar mi trayectoria entrelazando mi propia memoria con una metáfora literaria, por la tensión estética que se puede producir entre ambos espacios. Lo hice simplemente por jugar con las imágenes de mi memoria puestas en relación con las imágenes de una psicóloga junguiana y feminista de nombre Shinoda Bolen. Considero que un relato es “un laboratorio privilegiado para experimentar en torno a la identidad” (Ochoa, 2012), y quise jugar, de una forma no positivista, dentro de ese laboratorio. Las significaciones de mi relato, como afirma la misma autora, serán diferentes según cada lector de éste. Por ejemplo, mis compañeras de aventura en la elaboración de este libro, en una de las revisiones del avance de este texto, me dijeron que había escogido una metáfora de diosas coloniales, la cual había que deconstruir, incluyendo el mito de que Grecia era la cuna de la civilización moderna occidental². También me pidieron que hiciera visible mi situación de raza, clase y género, quizá pensando en que todo conocimiento debe ser situado.³ De mi parte, como académica mestiza, clasemediera y heterosexual, en este momento me pareció pertinente y divertido acudir a la metáfora de las diosas griegas, y no pude pensar en metáforas con diosas decolonizadas porque simplemente no tenía elementos para hacerlo. Sin embargo, tampoco siento que al escoger a Atenea y a Hestia como metáforas haya ejercido violencia epistémica al estilo de los colonizadores europeos que imponían su discurso de dominación colonial,⁴ pues no siento que con ello haya condenado algún saber subalterno. Tampoco tenía elementos históricos para desmentir la idea de que la cultura griega fuera la base de la civilización moderna occidental, a no ser solamente un estudio de Enrique Dussel en el que afirma que esa idea proviene de la modernidad, arraigada en algunas

² El feminismo decolonial critica la opresión de género racializada, colonial, capitalista y heterosexual, y que considera que la intersección entre raza, clase y sexualidad y género va más allá de las categorías de la modernidad. Véase Lugones (2011).

³ Una pionera del giro feminista y del conocimiento situado es Sandra Harding (1987).

⁴ “La violencia epistémica la constituye una serie de discursos sistemáticos, regulares y repetidos que no toleran las epistemologías alternativas y pretenden negar la alteridad y subjetividad de los otros de una forma que perpetúa la opresión de sus saberes y justifica su dominación” (Pulido, 2009: 177).

falsedades históricas (Dussell, 2005).⁵ Con estas aclaraciones iniciales, decidí, pues, seguir jugando con las metafóricas diosas griegas.

Hay dos diosas griegas que están presentes en mi trayectoria académica: Atenea y Hestia. Durante mucho tiempo viví bajo el amparo de Atenea, aquella que nació ya siendo adulta, de la cabeza de su padre Zeus, y que, al parecer, no tenía madre. Atenea surgió de la cabeza de Zeus como una mujer totalmente desarrollada, portando una coraza resplandeciente de oro, una afilada lanza en la mano y emitiendo un poderoso grito de guerra. Atenea era la diosa de la inteligencia creadora, la sabiduría, apoyaba a los héroes y estaba muy cerca de Zeus. Actualmente, dicen algunas psicólogas, Atenea es el arquetipo de las mujeres que cultivan el pensamiento lógico y racional, que son gobernadas por sus cabezas más que por sus corazones, piensan “correctamente” y parecen no tener emociones. Una mujer que invoca a Atenea tiende a ser buena investigadora, vive para su trabajo, se aleja de las emociones humanas y de su cuerpo. Pero hace ya tiempo que dejé de estar siempre bajo el amparo de Atenea, pues me simpatizó Hestia, la diosa del fuego. Ella sí reconoció desde el principio a su madre. Cuando el dios Dionisio fue admitido en el Olimpo, ella salió de allí para cederle su lugar y dedicarse a mantener encendido el fuego del templo. Era una diosa que no se involucraba en los vericuetos del patriarcado.⁶ Era pacífica y vivía dedicada a mante-

⁵ Dussel argumenta que las ideas de modernidad en la ciencia social tradicional son eurocéntricas; que Europa no surgió con Grecia, sino con los fenicios (por tanto, es de origen oriental), y que lo occidental proviene más del imperio romano que de la cultura griega. Además, dice que en ese constructo eurocéntrico se ignora la influencia árabe y musulmana en la construcción de lo que hoy entendemos como Europa.

⁶ Hay que aclarar que se trata del patriarcado griego. A manera de antecedentes, puedo decir que el sistema patriarcal, en general, se asocia con una forma de organización social cuya autoridad se reserva exclusivamente al hombre o sexo masculino y que puede caracterizarse por una distribución desigual del poder entre hombres y mujeres, que conlleva entre otras cuestiones violencia de género, doble moral, sexismo en el lenguaje, invisibilización de las mujeres, etc. Historiadoras feministas han llegado al consenso de que el patriarcado es una construcción histórica y social que se gestó desde mucho antes de los griegos. Pero en el caso del patriarcado griego, es importante caracterizarlo brevemente porque muchos historiadores coinciden en que Grecia fue la cuna de la civilización occidental y que, al serlo, tuvo un rol crítico en la institucionalización del patriarcado en el mundo occidental. En el patriarcado griego, dice Francisco Valdez, se dio una fusión conceptual entre las categorías de sexo y género, en la regulación del deseo sexual, lo que dio como resultado antinomias

ner encendida esa llamita que se encontraba en el centro del altar, en el centro del templo, y que siempre debía estar ardiendo, fulgurante. Agazapadas o no, Atenea y Hestia se han hecho presentes en mi camino profesional. Veamos mi relato al respecto.⁷

conceptuales que se erigieron como importantes en el orden simbólico del discurso cultural y, por tanto, en la regulación social. La primera antinomia fue la de masculino/femenino, en la cual se asoció a lo masculino como superior a lo femenino, pues en tiempos de guerra al sexo masculino se le atribuía mayor fuerza y capacidad de autocontrol, mientras que al femenino se le atribuía volatilidad y desenfreno. Esto dio origen a la antinomia que asociaba a lo masculino con lo activo y a lo femenino con lo pasivo, que dio lugar a la antinomia activo/pasivo. Una tercera antinomia derivada de la primera fue la de público/privado, asociándose lo público a lo masculino y lo privado a lo femenino. De manera que lo masculino se asoció con lo activo, fuerte, público, mientras que lo femenino con lo pasivo, débil, volátil. Esto dio como resultado un sistema androcéntrico que privilegiaba lo masculino sobre lo femenino. Según el autor, “la sociedad griega concentró prerrogativas a la elite, masculina adulta y ciudadana, *versus* lo femenino, que era subordinado e igual a esclavos, no ciudadanos, mujeres y jóvenes —sin considerar su sexo—. Como resultado de esto, la ideología sexo/género griega produjo el androsexismo y el poder masculino, y con esto se reguló la sociedad. Esto reforzó un sistema de poder basado en la clase y el sexo”. *Cfr.* Valdez (1996. Traducción propia). Hay que mencionar también que la teoría feminista ha asociado ahora el concepto de patriarcado con el de normatividad heterosexual, que da lugar al concepto de heteropatriarcado, que fue la ideología dominante en la antigua Grecia, cuando se valoraba la fuerza bruta y se menospreciaba la debilidad asociada a lo femenino. Esta ideología dominante, dicen historiadores, influyó sobre la cultura europea que posteriormente se extendió a otras partes del mundo gracias al colonialismo.

⁷ El contexto de este relato es el de las inequidades de género en la historia de las mujeres en la educación superior en México, para lo cual pueden verse algunos textos que iré indicando, empezando con el de Sierra y Rodríguez (2005). La metodología consistirá en hacer un relato de mi trayectoria académica, que, según Mercedes Blanco, se refiere a una carrera, a un camino que puede variar y cambiar en dirección, grado y proporción, pero sin suponer alguna secuencia en particular ni determinada velocidad en el proceso. Así también, adopté la estrategia observada por Mercedes en un curso de vida, y fue la de seguir los *puntos de inflexión* de mi trayectoria (que se indican en forma de preguntas en los subtítulos del relato). Véase Blanco (2011). La metodología de este relato también siguió la idea de hacer *postales* de esos puntos de inflexión, sugerida por la Dra. Oresta López, de El Colegio de San Luis, A.C.

¿CARRERA CORTA O LARGA?

Poco antes de ingresar a la universidad, había leído (dos veces) la biografía de *madame* Curie en un libro que encontré en la biblioteca familiar. En especial, me fascinaba la manera en que todos los días ella salía al laboratorio de física, junto con su marido, para observar las cualidades del elemento que acababan de descubrir. Me impresionaba la escena en la cual el biógrafo describía que ella, todas las mañanas, antes de salir de casa, dejaba el puchero al fuego, “con la precisión de un físico”, de tal manera que, al regresar del laboratorio, la comida estuviera lista. Me gustaba que ella había continuado con sus investigaciones aun después de que tuvo a su hijita, y más aún, luego de haber perdido a su marido, quien murió atropellado por un carruaje, de una manera inesperada, en lo que me parecía una cruel jugada del destino para una mujer que lo amaba profundamente y que, además, era su colega (Montero, 2013). Pero a ella ese destino no la había detenido, y había continuado su carrera de física y química, primero en Polonia y luego en Francia. Posteriormente, en ambas disciplinas ganaría el Premio Nobel. Ella era el único modelo de científica que yo conocía, a mis dieciséis años, cuando estudiaba el segundo año de bachillerato y estaba a punto de elegir el área que estudiaría en el tercero. Yo quería ser científica.

Mi novio de entonces ya se había decidido –sin problemas– por el área fisicomatemática, pues quería ser físico. Mi mejor amiga, por el área de humanidades, pues quería ser literata. Las asignaturas de ambas áreas se impartían en el turno vespertino. A mí me gustaba la física y me gustaban también las humanidades, pero este gusto competía con mi atracción por el estudio de la naturaleza y de la vida, que me conducía al área biomédica, impartida en el turno matutino. “Si me inscribo en el área biomédica, ya no voy a ver a mi novio ni a mi mejor amiga”, pensé. Toda la noche previa a las inscripciones estuve dilucidando a qué área meterme: me decidí por el área biomédica. “¿Estás segura de que quieres esa área? ¿Ya sabes lo que quieres estudiar?”, alguien me preguntó, y le contesté: “No”.

Terminó el bachillerato. Mi novio se fue a estudiar física al Tecnológico de Monterrey, mi mejor amiga se fue a estudiar literatura a la UNAM, y yo lo que quería era estudiar biología. Me puse a investigar

dónde estudiar, pero de una manera sesgada porque, por querer ver a mi novio, concluí que mi mejor opción era estudiar biología en Monterrey. Era una carrera que, entonces, se consideraba larga, y lo usual era que las mujeres estudiaran carreras cortas (Musito y Cavas, 2001). En mi familia, yo era la tercera hija. Mi hermano mayor (que me lleva seis años) ya estaba estudiando la carrera de turismo en la Universidad de Guadalajara. Mi hermana mayor ya había estudiado una carrera corta y en ese momento trabajaba de cajera en un banco. En cierta forma, mi papá esperaba lo mismo de mí, que estudiara una carrera corta, y mi mamá lo secundaba. ¿Para qué iban las mujeres a estudiar una carrera larga si al final terminaban casándose y cuidando a los hijos? Yo había escuchado varias veces a mi papá decirle a mi hermana: “Mejor estudia una carrera corta, de manera que si un día te casas y te va mal, tengas la manera de defenderte trabajando por tu cuenta”. Sin embargo, mi papá no estaba tan casado con ese modelito. Él había vivido varios años en Estados Unidos, y gracias a esto, tenía algunas ideas un poco liberales a favor de que las mujeres estudiaran y trabajaran (aunque fuera gracias a una carrera corta), y de la participación de los hombres en las tareas domésticas (él mismo, por ejemplo, cocinaba y me enseñó a cocinar y a realizar otras actividades del cuidado de una casa). Él había nacido en un pequeño rancho de Jalisco, pero se había mudado con su familia a Aguascalientes (debido a un accidente de mi abuelo). En esa ciudad, mi papá estudió hasta cuarto grado de primaria; luego se fue a trabajar a Estados Unidos unos ocho años (desde mediados de los años cuarenta hasta antes de la guerra contra Corea), para regresar a casarse con una mexicana “que no se apoderara de sus quincenas” como había hecho la novia italiana que tuvo en el país del norte, y para escapar de ser enviado a la guerra. Y fue así como regresó y se casó con mi mamá, cuando ella tenía sólo dieciséis años, y quien también había estudiado sólo hasta cuarto de primaria. Mi papá, sin embargo, había aprendido muchas cosas de manera autodidacta y nos había construido una biblioteca a mis hermanos y hermanas (tres hombres y tres mujeres) y a mí. Cuando éramos niños, todos los domingos mi papá nos llevaba al campo, subíamos cerros, nadábamos en ríos con sanguijuelas y en presas con culebras, y en casa cuidábamos el criadero de peces tropicales que teníamos, además de las mascotas. A mí en lo particular me compraba libros que

hablaban de todo tipo de temas que tenían que ver con la naturaleza, de manera que, cuando le dije que quería estudiar biología, lo aceptó, aun cuando se trataba de una carrera larga.

“Cuando una hija Atenea crece como la niña favorita de un padre, orgulloso de que ella se le parezca, le ayuda a que desarrolle sus tendencias naturales” (Shinoda, 2005: 75).

¿SALIR O NO SALIR DE CASA?⁸

Me puse a investigar dónde estudiar y, como ya dije, concluí que debía estudiar biología en la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL), por lo que, según yo, tenía que ir obligatoriamente a Monterrey a informarme sobre la carrera. Tenía dieciocho años. Mi papá era consciente de que allá estudiaba mi novio, y aun así me dijo: “Si no te doy permiso, de todos modos te irás, así que lo mejor será que vayas y regreses con mi consentimiento”. Y me fui unos días a Monterrey. Mi deseo de estudiar biología era tan genuino como las ganas de ver a mi novio, así que cumplí con las dos cosas. Me asomé por la UANL, pedí el plan de estudios de biología, hablé con un maestro y algunos estudiantes. También estuve en el Tec de Monterrey, y hasta entré a una clase de física con mi novio, luego de la cual él y sus compañeros terminaron, me pareció, *demasiado* eufóricos por haber resuelto una ecuación compleja. Por entonces, las cartas de amor de mi novio eran eso: ecuaciones matemáticas que le había costado mucho trabajo resolver y que terminaban con un “te extraño”; y eso era todo, pero a mí me parecían muy románticas. Entonces todo estaba muy claro para mí: estaba enamorada y me iría a estudiar biología a Monterrey. Le comuniqué mi decisión a mi papá, pero él me dijo que no sabía si podía pagar todos mis gastos, pues todavía tenía otros hijos que mantener y educar. O sea, no me dijo que sí, pero tampoco que no, por lo que decidí esperar un poco. Mientras tanto, me asomé a la carrera de biología que recién comenzaba en la Universidad Autónoma de Aguascalientes (UAA). Me entusiasmó el plan de estudios

⁸ Éste también era, para mi generación y algunas subsiguientes, un tema que implicaba una inequidad de género, pues lo usual era que a los hombres se les permitiera salir de casa, mientras que a las mujeres no. Véase Moreno (2000).

y el hecho de que por entonces todo era nuevo en esa universidad. Claro que esto no se lo comenté a mi papá porque mis intenciones eran irme a Monterrey, pero mi papá no era tonto y también había investigado por su parte, de manera que un buen día me dijo: “¿Por qué te quieres ir a Monterrey si aquí en Aguascalientes hay la carrera de biología? Mejor quédate, así te puedo apoyar mejor en tus estudios y estás cerquita de la familia”.

Mi papá era así, inteligente y suavecito. Yo estaba muy identificada con él y éramos muy cercanos. Entonces, en cierta forma me desarmó, porque él tenía razón, y desmanteló mis intenciones encubiertas de irme a Monterrey porque allá estaba el novio. Por entonces yo era como muy *buena niña*, en el sentido de que no me rebelaba contra nada. Todavía no conocía a Chava (mi actual esposo) ni a Gaby Ruiz (mi primera amiga feminista), quienes me iniciaron en la crítica social y patriarcal, respectivamente. Pensé que sería egoísta hacer gastar a mi papá en mi persona sin pensar en el resto de mis hermanos. Además, él tenía razón, pues si el plan de estudios era muy similar, ¿qué caso tenía estudiar allá en vez de aquí? La razón y el cariño por mi papá se impusieron y me inscribí en biología en la UAA. Total, al novio lo vería cada quince días.

“La educación requiere el desarrollo de las cualidades de Atenea. Cuando una mujer se toma en serio la escuela, desarrolla hábitos disciplinados de estudio” (Shinoda, 2005: 73).

¿CONTAR INSECTOS O COMPRENDER A LOS HUMANOS?

Comencé el primer semestre de la carrera de biología⁹. Todas las clases me gustaban. Todos los maestros eran hombres jóvenes que venían de fuera (principalmente de la UNAM) y me parecían muy capaces. Nunca dudé de que lo mío era la investigación. Me fascinaba escuchar los relatos sobre el trabajo de campo que realizaban mis maestros y la materia de botánica me llamaba especialmente la atención, pues en la biblioteca que mi papá nos había procurado había muchos libros de esta disciplina. La manera en que se reproducían los árboles y las plantas, todo me

⁹ Sobre mujeres en la universidad, puede verse Mingo (2006).

impresionaba, me gustaba, me interesaba. “¿Será que me definiré por la botánica?”, pensaba.

En alguna de las materias teníamos que practicar la observación, allí mismo, en el campus universitario, que por entonces era muy nuevo; no había muchos árboles, sólo mucha tierra, pasto seco, unos cuatro edificios construidos y otros tantos en construcción: un paisaje algo desolador. El maestro nos dio instrucciones diferentes a cada alumno. A mí en lo particular me dijo que fuera a la parte más alejada del campus, delimitara con un mecate y unos palitos un cuadrado de seis por seis metros, y observara y registrara los insectos que allí encontrara. Seguí las instrucciones al pie de la letra, y me puse a buscar insectos, libreta en mano. Pasó algo de tiempo, todo era pasto seco, sol y mirada baja. De repente, un chapulín. Anoté sus rasgos. Seguí buscando. Otro chapulín... y otro... y otro... “Ay no, esto está muy árido y desértico”, pensé. Así pasé alrededor de dos horas, hasta que me cansé de contar chapulines y una que otra araña. Entregué mi tarea al profe, pero algo dentro de mí comenzó a crecer, como una burbujita que subía y subía hasta llegar a la cabeza en forma de pregunta: ¿dónde está *lo humano*?

Contar insectos no me había producido satisfacción. Además, cerca de allí había un aula en la que se aprendía sociología. Los alumnos de esa carrera, en su mayoría, vestían mezclilla y huaraches, usaban morral y tenían un aspecto *hippie* que me llamaba la atención. Sin embargo, la carrera de sociología no lograba cautivarme totalmente. Todavía no había carreras humanistas (historia, letras, filosofía) en esa universidad, que se decía humanista. Iba a la biblioteca a hacer mis tareas de biología, pero terminaba leyendo cosas de historia, literatura o sociología. No sé cómo, pero llegó a mis manos un folleto que anunciaba la apertura de la carrera de educación, con una especialidad en enseñanza de la biología. ¡Oh! Eso satisfacía mi inquietud de estudiar biología y de acercarme a *lo humano*. Terminó el semestre. Me salí de la carrera de biología y me inscribí en la de educación, con especialidad en investigación educativa.

“La perspicacia de Atenea como estratega le permite recorrer su camino de manera eficaz... Tal vez utilice su capacidad para pensar con arreglo a una estrategia para continuar sus propios proyectos” (Shinoda, 2005: 70 y 90).

¿EDUCACIÓN O HISTORIA?

Terminé la carrera de investigación educativa con una tesis sobre las escuelas normales, en la cual la parte que más disfruté fue hacer la historia de dichas escuelas en México, es decir, me comenzaba a gustar mucho la historia. Me había decantado por la investigación, pero no me terminaba de cautivar el enfoque puramente cuantitativo de quienes habían sido mis maestros, y eso que me iba bien en estadística. Además, en el transcurso de la carrera había conocido a mi compañero Chava, del que terminé por enamorarme y con el cual hice la tesis (en ese tiempo y en esa universidad, se podía hacer una tesis de licenciatura entre dos personas, aunque la defensa era personal y por separado). Terminé mi relación con el novio que estudiaba física, y al terminar la carrera, me casé con Chava, que se convirtió así en colega y esposo. ¡Como Marie Curie! Pero en el área de humanidades.

La carrera de investigación educativa había satisfecho en parte mis inquietudes intelectuales, pero no seguí el camino de la estadística, sino que mi gusto por la historia me hizo buscar trabajo en el Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes, al cual entré como catalogadora del fondo Educación. El contacto con los documentos históricos logró la magia de poder comunicarme con personas que habían existido antes que yo, y hasta de empatizar –por decir así– con ellas. Además de catalogar el fondo Educación, ayudé en la catalogación de otros fondos, y participé en un seminario de historia regional organizado por cinco trabajadores del archivo, quienes también eran recién egresados de la universidad, todos de educación y sociología, pero que teníamos en común el gusto por la historia. Y así comenzamos a leer y a compartir lecturas. Sobre todo, recuerdo que me impactaron los libros de Marc Bloch.¹⁰

De los documentos, me gustaba leer sobre todo los testamentos porque me hacían sentir cerca de los autores de ellos. Por ejemplo, el testamento del hombre aquel que quería que al morir lo enterraran bajo el fresno de su casa porque allí reposaban los restos de su amada esposa.

¹⁰ Recuerdo los libros de Marc Bloch *Introducción a la historia* y *Los reyes taumaturgos*. Así también me influyó el libro de Lucien Febvre *Combates por la historia*. Pero más los de Marc Bloch, y su historia misma.

¡Oh, la enterró en el patio de su casa! Y además ¡la amaba! Imaginé que la esposa estaría feliz (si es que los muertos pudieran ser felices) de que su esposo reposara allí juntito a ella (bueno, sus cadáveres). También me impresionó la escritura de manumisión (tuve que investigar la palabra) de una esclava negra. ¡Oh, hubo esclavos en Aguascalientes! Y además ¡la habían liberado! Hasta imaginé el júbilo de la esclava por ser liberada. Pero luego, al continuar leyendo, me di cuenta de que la esclava era vieja y estaba enferma, y mi júbilo se transformó en coraje al imaginar lo que ella tendría que haber pasado para mantenerse a sí misma y curarse fuera de una casa y una manutención anteriormente seguras, porque ¿quién se haría cargo de ella así de enferma como estaba? Imaginé su soledad, su sentimiento de abandono y de tristeza al haber sido vista como un objeto, y liberada más por ser una carga que por razones humanitarias. Causó profunda impresión en mí también la frase de Michael de Certeau: “¿Y qué oficio es este que me permite comunicarme con los muertos?”.

La historia comenzó a apasionarme y, a pesar de que ya contaba con una plaza de catalogadora en el archivo, decidí irme a la ciudad de México a estudiar historia. Terminé en el Instituto Mora, estudiando la maestría en estudios regionales, que tenía una línea de historia regional, disciplina que, en esos años, a mediados de los ochenta del siglo XX, comenzaba a tener cierto auge. La historia me gustaba. Era mi vocación, ya no tenía dudas.

“La curiosidad intelectual de una mujer Atenea puede llevarla de la historia o la psicología hacia las ideas feministas” (Shinoda, 2005: 92).

¿ESTUDIANTE DE MAESTRÍA Y EMBARAZADA?

Ingresar a esa maestría en el Instituto Mora había sido posible después de un difícil y competido proceso de selección que implicaba obtener una beca del Conacyt. También había implicado renunciar a mi plaza en el archivo, dejar a mi familia de origen y a Chava en Aguascalientes. Aunque con Chava los planes eran que él me alcanzaría en la ciudad de México un semestre después, cuando él iniciara estudios de maestría en educación en el Instituto Politécnico Nacional.

Apenas tenía yo unas semanas de haber llegado a la ciudad de México, cuando una mañana me despertó un fuerte terremoto que, de momento, no me asustó tanto, pero que en los días siguientes me espantó cuando vi los edificios derrumbados y supe de personas atrapadas entre los escombros. Era el 19 de septiembre de 1985. Tres días después viví la réplica de ese terremoto. Entonces sí bajé corriendo a oscuras, entre tropezones y empujones, los cuatro pisos que había que sortear para salir a la calle. Entre gritos, llantos y rezos de la gente, me vi en medio del Eje 5, sudando frío, llorando y temblando. Hasta ese momento, nunca había sentido pánico. No olvidaré el dolor y la densa pesadumbre que sentí al día siguiente en el autobús, rumbo a mi escuela, ya que todos los pasajeros padecían las consecuencias del terremoto y la pesadumbre les hacía dirigir su mirada al piso. Mi escuela se convirtió en un gran taller de carpintería en el que varios voluntarios fabricaban ataúdes para los miles de cadáveres que se amontonaban en los estadios. Olía a muerte y devastación.

La directora del Instituto Mora había mostrado su capacidad de liderazgo en medio de una situación desastrosa. El día del terremoto nos reunió a estudiantes y maestros, preguntó quién faltaba, mandó investigar si esos que faltaban estaban bien, suspendió actividades y convirtió el edificio que dirigía en una gran fábrica de féretros. Le apodaban la Generala. En cierto sentido, me imponía su presencia: alta, esbelta, cabello negro y largo, con la guapura de una mujer judía, madura, divorciada, decidida y con aplomo, que parecía poder controlarlo todo. Se notaba cuando llegaba al instituto porque todos parecían alinearse ante ella. Todos los lunes muy temprano –antes y después del terremoto–, llegaba a nuestra aula y preguntaba quién faltaba y por qué. Decía con un tono ligeramente amenazante que si contábamos con beca de Conacyt debíamos responder asistiendo a clases todos los días, que esa institución no era la UNAM y que ella se encargaría de que respondiéramos a la beca cumpliendo con nuestras obligaciones (de otra manera, nos podía cancelar la beca). Me parecía que no sólo a los estudiantes nos imponía, sino también a los administrativos y a los profesores.

El ritmo de la maestría era muy pesado, pues cada semana teníamos que leer más o menos el equivalente a unos cuatro o cinco libros, con materias de teoría política, social y económica, así como asignaturas de

historia regional, demografía histórica y otras. La vida no me daba para mucho, excepto para cumplir con las obligaciones de la maestría, salir a caminar al parque Hundido unas dos veces por semana, y si acaso, ir al cine los sábados por la tarde. Yo estaba perpleja de ver cómo mis compañeros parecían poder leer todo, entender todo y entregar impecables trabajos en tiempo y forma. De mi parte leía (casi) todo, asimilaba gran parte y entregaba mis trabajos en el último minuto. Con algunas dificultades, pero iba cumpliendo con todo.

Cuando Chava llegó a la ciudad de México, nos mudamos a un departamento cerca del parque Hundido. Enamorada, atontada, distraída y estresada como estaba con tanta novedad y trabajos académicos que cumplir, un buen día me di cuenta de que estaba embarazada. “Y ahora ¿qué voy a hacer? Me van a quitar la beca”, fue de las primeras ideas que pasaron por mi cabeza. Además, Chava tampoco esperaba tener un hijo en esos momentos. Cuando se lo dije, nos pusimos a llorar, no sé si de gusto o de susto, o ambas cosas a la vez. Durante los siguientes días anduvimos como sonámbulos. Noté que él se enfocaba cada vez más en sus estudios y en su grupo escolar. De mi parte, me limitaba a deambular por el parque, no podía concentrarme en las lecturas, y además, tenía náuseas. Hasta que un buen día pensé menos en mí y sentí más a la bebé que comenzaba a gestarse en mi interior, y me sentí decidida y con fuerzas para tenerla y enfrentar lo que la vida me presentara.

No comenté con nadie que estaba embarazada (excepto con una de mis compañeras), y decidí seguir adelante hasta donde llegara en los estudios. Pero la panza creció. Ya estaba por el séptimo mes de embarazo, y se me notaba, y un día que caminaba por el instituto llegó la Generala. Todos se alinearon, pero ella no vio a nadie más que a mí. Yo en esos momentos quería que me tragara la tierra, y enfrente de todos me dijo: “Yolanda, ¿estás embarazada?”. Y no lo pude negar. Pero la temible reacción de la Generala no fue tan mala. De hecho, fue lo contrario de lo que yo había esperado, pues su siguiente pregunta fue si yo creía que podía terminar la maestría, y mi respuesta fue un débil “sí”, que al parecer le fue suficiente. En ese momento no la vi como la Generala, sino simplemente como otra mujer que parecía comprenderme porque me veía como una igual, dado que ella misma tenía un hijo,

¿Atenea o hestia? Las diosas que han acompañado mi caminar académico

y seguramente tuvo que haber pasado por situaciones similares a la mía. Creo que hasta me sonrió, fuera de la mirada de los demás, claro.

“Es útil para una mujer Atenea aprender que los valores matriarcales femeninos que estaban en práctica antes de que la mitología griega adoptase su forma actual fueron tragados por la cultura patriarcal que prevalece hoy día! (Shinoda, 2005: 92).

¿TERMINAR LA TESIS O DESERTAR?

Lo siguiente fue parir a mi hija Sofía en una clínica del IMSS ubicada en el sur de la ciudad de México, a medio seminario de antropología regional con el profesor Claudio Lomnitz. Por entonces ya sólo llevábamos esa materia y estábamos iniciando la tesis. Falté una semana a clases, y continué asistiendo como si nada a las sesiones de su seminario, que duraban cuatro horas y eran por la mañana, una o dos veces por semana. Yo tenía que amamantar a Sofía cada dos horas, pero contaba con la suerte de vivir a una cuadra de distancia del Instituto Mora, de manera que Chava (quien tenía clases por la tarde) se quedaba con ella cuando yo me iba a clases, y a las dos horas me la llevaba al instituto para que pudiera amamantarla. Al llegar afuera del aula, Chava silbaba, y yo salía; me sentaba en una banquita que había por allí cerca, me tardaba unos veinticinco minutos en alimentar a Sofía, y regresaba al aula mientras que Chava se regresaba con ella al departamento. Hasta que un buen día el profesor Lomnitz salió de repente del aula, me vio amamantando, puso cara de sorpresa y, con una amplia sonrisa, me dijo: “¡Así que por esto te sales de clase siempre! ¡No sabía que tenías una bebé! ¡Felicidades! ¡Me hubieras dicho y yo lo hubiera entendido!”. Entonces no lo vi como el flamante antropólogo y exigente profesor Claudio Lomnitz, sino como un hombre joven que también tenía hijos y me comprendía.

Terminados los cursos, tuve que regresar a Aguascalientes para hacer el trabajo de campo, pero Chava todavía tenía asignaturas que cumplir de manera presencial. Así que tuve que regresar sola con Sofía, que por entonces ya tenía seis meses de edad. Yo sabía que en Aguascalientes

tendría apoyo familiar, pero lo que me preocupaba era dejar a Chava, estar tanto tiempo separados, pues temía por nuestra vida de pareja.

Mi tesis era sobre un conflicto eclesial y social ocurrido en los años setenta del siglo XX en Aguascalientes, y en buena parte era un trabajo de historia oral. Durante el trabajo de campo concertaba y llevaba a cabo entrevistas, algunas fuera de la ciudad. Entre los traslados y la duración de la entrevista, me tardaba entre tres y cuatro horas, por lo cual realizaba sólo una entrevista diaria, y el resto del tiempo leía o escribía. Como aún seguía amamantando a Sofía, conté con el apoyo de mi papá y mi mamá, quienes me acompañaron durante casi todo el trabajo de campo. Llegábamos al lugar en que se efectuaría la entrevista; yo amamantaba a Sofía, luego se la entregaba a mis papás, y ellos se iban al parque más cercano con ella o, si se dormía, se quedaban en el carro. Al finalizar la entrevista, yo regresaba y amamantaba otra vez a Sofía, y así todos los días. Me las ingeniaba para alternar el cuidado de mi hija con actividades como transcribir, leer, redactar. Todo iba bien hasta que llegó la crisis de pareja. Entonces ya no me podía concentrar y dejé de avanzar en el trabajo.¹¹

Mi tutor era el historiador Jean Meyer. Yo lo admiraba por su libro *La Cristiada* (1973) y estaba agradecida de que él hubiera aceptado ser tutor de una estudiante de maestría sin pena ni gloria (bueno, en esos momentos, pena sí). Él había aceptado ser mi tutor porque conocía Aguascalientes, ya que su esposa Beatriz era originaria de esa ciudad, y su cuñada Lucía, que era mi amiga, había intercedido por mí. Nos veíamos cada tantos meses en la ciudad de México, adonde le llevaba mis avances. Pero en esta ocasión llegó el día de presentarlos y no los tenía. ¿Por qué? Porque la vida me había cambiado con un golpe de viento fuerte que había barrido toda estabilidad emocional. Para ese momento, la crisis de pareja se había acentuado muchísimo, y todo mi mundo estaba al revés. “¿Cómo es posible que termine una relación que apenas estaba comenzando?”, me preguntaba. “¿Qué pasó?”, no entendía nada. “¿En qué fallé?”, no lo sabía. No veía nada claro. Mi mente estaba llena de especulaciones, inseguridades, miedos, frustraciones y una tristeza

¹¹ Muchos estudiantes de posgrado entran en crisis de pareja al dedicar más tiempo al posgrado que a ésta, o al cuidado de los hijos. Respecto a las dificultades de estudiar un posgrado, puede verse Prasad (2014).

enorme. Estaba tan angustiada, que mi leche parecía ya no ser buena para mi hija, y un médico me dijo que suspendiera la lactancia. Sofía tenía ocho meses y, muy a mi pesar, la suspendí. Y en esto estaba cuando llegó la fecha de la cita con mi tutor. Me armé de valor y fui a la ciudad de México a decirle la verdad, pensando que él, al no ver avances, no tendría inconveniente en mandarme por un tubo. Llegado el momento, le dije: “No pude avanzar. Creo que hasta aquí llegué”. Y le expliqué brevemente el porqué, no sin que la voz se me quebrara a ratos y se me escapara un par de lágrimas. Él me escuchó en forma muy atenta y respetuosa. Lo sentí empático y, sin dejar de sentir admiración por el historiador, lo vi como un hombre que había tenido relaciones de pareja, y hasta lo sentí como un amigo que entendía muy bien por lo que yo estaba pasando. Él me tranquilizó y al final dijo que intentara avanzar y terminar la tesis, y me dio una nueva fecha para presentar avances. Como yo estaba más tranquila por su actitud, le dije que lo intentaría. La verdad es que el haberme sentido comprendida por él me dio cierto ánimo y fuerza para intentar finalizar. Con muchas dificultades, y gracias a mis redes de apoyo en Aguascalientes, pude terminar la tesis al mismo tiempo que criaba a Sofía. Además, Chava, después de un buen rato, decidió volver a casa, y juntos comenzamos a pegar los pedacitos de la vida de pareja que estaban regados por todas partes, y a pintar un nuevo paisaje para compartir.

“Para seguir adelante, las mujeres Ateneas, necesitan mentores, mecenas y aliados [...] El matrimonio en el que ambos son profesionales, y en el que el esposo y la esposa están muy implicados en sus respectivas carreras, constituye un fenómeno relativamente nuevo [...] Al vivir en su cabeza, la mujer Atenea pierde la experiencia de estar plenamente en su cuerpo. Sabe poco de sensualidad y acerca de cómo se siente cuando se fuerza el cuerpo. Para evolucionar más allá de Atenea, una mujer tiene que desarrollar otros aspectos de sí misma” (Shinoda, 2005: 87).

¿ESTUDIAR UN DOCTORADO Y REPETIR LA MISMA HISTORIA, O NO?

Estamos en Aguascalientes. Otra vez trabajo en el Archivo Histórico del Estado, pero ya no sólo catalogando, sino también haciendo investigación histórica. Chava regresa a su trabajo en la universidad. Intentamos reconstruir la vida de pareja, ahora con una hija. Pasan dos años en lo que, después del caos, ambos nos titulamos en nuestros respectivos programas de maestría. Y un buen día, él me dice que su tutora Mary Kay Vaughan lo invita a estudiar un doctorado en Chicago. A todas luces es una oportunidad para él, pero yo todavía estoy absorta reconstruyéndome en mi interior, recuperando mi autoestima e intentando empoderarme y realizarme vital y profesionalmente. La decisión previa de estudiar una maestría Chava y yo, al mismo tiempo, había resultado en un desastre debido al gran estrés ocasionado por cargas de trabajo muy onerosas, además del embarazo inesperado, y no se diga la crisis de pareja. Yo también albergaba el deseo de estudiar un doctorado, pero ¿repetir la misma historia? ¡Nunca! No quería pasar otra vez por una situación estresante al mismo tiempo que un sufrimiento personal tan grande. Lo pensé un tiempo, y consideré que lo mejor era que, si ambos queríamos estudiar un doctorado, esta vez no lo hiciéramos al mismo tiempo sino, *caballerosamente*, primero uno y después el otro. También estaba decidida a reconstruir mi familia. Sin embargo, todavía me asaltaban dudas y temores. ¿Estábamos Sofía y yo incluidas en la decisión de ir a Chicago? ¿Podríamos solventarlo económicamente? ¿Tendría que renunciar de nuevo a mi empleo? ¿Y cuándo podría yo estudiar mi doctorado? Cuando Chava me dijo que, por supuesto estábamos incluidas, le dije: “Está bien, vale la pena, pero esta vez primero estudias tú el doctorado, y después yo”. Y nos fuimos a Chicago, a la Universidad de Illinois. Mientras él estudiaba y Sofía estaba en la guardería, yo hacía una investigación histórica *free lance*, al mismo tiempo que cultivaba amistad con Mary Kay Vaughan, quien era la tutora de Chava en el doctorado, tal como lo había sido en la maestría. Ella era historiadora y me preguntaba por mi trabajo, y aunque ella era más de izquierda y radical que yo, nos entendíamos muy bien. Al poco tiempo de haber llegado a Chicago, me invitó a trabajar con ella, lo cual hice con mucho gusto, ayudándole a sistematizar material de archivo y a organizar su

biblioteca. Así también, me invitó a un seminario de historia de mujeres, al cual asistí una sola vez, pues se realizaba en la Universidad de Chicago y me quedaba muy lejos, además de que en ese momento todavía era yo muy tímida y no hablaba el inglés de manera fluida. Era la primera vez que escuchaba hablar sobre las mujeres en la historia, y aunque me interesaba mucho, en ese momento todavía estaba muy absorbida en el proceso de reconstrucción personal y familiar.

Seguía trabajando con Mary Kay cuando me embaracé de mi hijo Adán; esta vez no de manera tan sorpresiva, sino más o menos planeada, porque Sofía ya tenía tres años y medio de edad, de manera que Chava y yo habíamos acordado que, mientras él estudiaba su doctorado, yo podría criar a nuestros dos hijos, y después estudiaría mi doctorado.

Nuestro hijo Adán nació en Chicago en 1991, en el hospital de la institución en que estudiaba Chava, que era la Universidad de Illinois en Chicago (UIC), cuando vivíamos en un departamentito con mucha luz. Pero cuando Adán tenía cinco meses de edad, nos mudamos a un sótano para ahorrar un poco y poder comprar luego una casa en México. Algunos meses después, la situación era ésta: Chava pasaba todo el día en la universidad, yo cuidando a los hijos en un *basement*, extrañando el sol, sin poder salir y moverme con libertad, sin familia, sin poder estudiar ni investigar; ya estaba casi deprimida. Fue por eso por lo que, cuando aún restaban seis meses para que Chava terminara sus estudios, cuando fuimos a México a pasar Navidad, decidí quedarme, porque aquí había sol, familia, posibilidad para moverme. Los niños y yo estábamos mejor, por lo que Chava regresó solo a Chicago para terminar su doctorado. Otra vez separación familiar, pero esta vez sin consecuencias graves.

Nuestros hijos crecieron, y ahora sí pude amamantar a Adán durante un año. Sofía ya estaba en el jardín de niños, y al poco tiempo Chava regresó a Aguascalientes a trabajar. Fue entonces que comencé a buscar un programa de doctorado que me permitiera estudiar sin descuidar a mi familia, y me decidí por el que ofrecía El Colegio de Michoacán (COLMICH) que era tutorial. Propuse una tesis sobre catolicismo en la historia de Aguascalientes luego de la Revolución mexicana, y pedí

como tutor al Dr. Luis González,¹² ya que había leído varios de sus libros,¹³ sin mucha esperanza de que aceptara. Sin embargo, para mi sorpresa, lo hizo. Comenzaron los seminarios, los cursos, las discusiones, el proyecto de tesis, los avances, las presentaciones. Yo, aún en medio de mis inseguridades personales, estaba fascinada, haciendo lo que me gustaba –investigar–, y según yo estaba avanzando mucho y bien. Pero a uno de mis lectores no le parecía así. Yo le parecía tímida, y mis avances, insuficientes. En uno de los seminarios me aplastó tanto, que salí de la presentación casi llorando, aunque con un poco de verticalidad, ante la mirada aparentemente neutral de mi tutor. Todavía no me recomponía del *aplastamiento* cuando don Luis me mandó llamar a su cubículo y me dijo: “No haga mucho caso de lo que le dijeron. Usted va bien y sabe lo que quiere. Siga investigando y siga sus intuiciones”.

Don Luis siempre me leyó, escuchó y apoyó. En el rumbo de la investigación, invariablemente me dejó en libertad, corrigiendo sólo algunas desviaciones que pudiesen ser graves. Sólo una vez lo noté un poco serio, porque después del *aplastamiento* comencé a escribir de manera más retórica, tratando de agradar a mi lector, el aplastante. Empecé a usar palabrejas y expresiones rebuscadas que, me parecía, serían académicamente más aceptables, y cuando don Luis leyó mi avance, de nuevo me llamó aparte y me dijo: “Ya está usted escribiendo como los academicistas, así nadie la va a leer, mejor siga como antes”. A don Luis lo veía casi siempre en el COLMICH, pero también en su casa, en San José de Gracia, Michoacán. Yo solía salir muy temprano en mi carro desde Aguascalientes hasta Zamora, o a veces hasta San José de Gracia, y regresar el mismo día a mi casa. Pero hubo una ocasión en que se me hizo tarde, y don Luis consideró que era peligroso para mí regresar sola manejando por carretera, de manera que él y su esposa Armida me invitaron a pernoctar en su casa. Fue entonces y en otras tutorías que conocí mejor a su familia, su biblioteca, sus parientes; y lo que más disfrutaba en esas ocasiones eran las conversaciones de sobremesa. Me parecían tan finas, tan cultas. Don Luis derrochaba erudición, y era

¹² Autor de *Pueblo en vilo*, que fue un éxito editorial y en México representó el ícono de la historia regional.

¹³ Como *Invitación a la microhistoria* y otros que pueden verse en la bibliografía de este texto.

a la vez una persona amable, sencilla y cordial, todo un caballero. Yo quería conversar como él, saber mucho de historia, ser inteligente, culta y sencilla, como él.

Casi al terminar el doctorado, un día llegó a mi casa uno de mis antiguos profesores de la carrera de educación, Bonifacio Barba, a llevarle unos papeles a Chava, pues era su colega en la universidad. Él sabía que ya casi me titulaba del doctorado, y me preguntó cuáles eran mis planes. Le dije que me gustaría trabajar como profesora e investigadora en la universidad. Me dijo que pronto se abrirían unas plazas PROMEP, que estuviera atenta porque el concurso para esas plazas saldría anunciado oficialmente la semana siguiente en los diarios locales. “¿Plazas qué?”, le pregunté. “Plazas PROMEP, me dijo, tiene nombre de anticonceptivo, no se te olvidará”. Tenía razón, no se me olvidó. Busqué la convocatoria y había una plaza para historia, para la cual concursé, y gané. Así comenzó mi carrera académica en la UAA. Era el año 1998.

“Atenea predispone a la mujer a crear relaciones de tutoría con hombres que comparten con ella intereses comunes y visiones similares de las cosas [...] La mujer que es como Atenea es aquella que está en posesión de un doctorado y es eficaz en los medios universitarios. Lograr un puesto permanente exige llevar a cabo investigaciones, conseguir que las publiquen, formar parte de comités, recibir becas, sabiendo de qué va el juego y haciendo méritos” (Shinoda, 2005: 71).

¿UN CAMPUS LIMPIO O GENÉRICAMENTE MINADO?

Cuando mi amigo el historiador Mauricio Tenorio me preguntó cómo era la UAA, le respondí que tenía el campus de Berkeley y el nivel de Oxford. Había querido acercarme a su nivel de ironía, pero no me salió bien, pues a duras penas esbozó una mueca que yo interpreté como intento de sonrisa. Pero es verdad que, cuando ingresé a la UAA, me sentía muy feliz al caminar por su terreno, lleno de árboles, con grandes extensiones de pasto, una que otra ardilla, muchos pajaritos, notable limpieza y un ambiente digamos tranquilo. Aunque ya había estudiado allí la licenciatura, la universidad había crecido mucho y yo regresaba

diferente luego de variadas experiencias en la vida y en la academia, y además con dos hijos.

El Departamento de Historia estaba compuesto casi completamente por varones, algunos de los cuales ya conocía. Uno de ellos también había hecho un posgrado fuera de Aguascalientes; también era casado y tenía hijos, pero éstos se encontraban la mayor parte del tiempo a cargo de su esposa. Él tenía fama de ser brillante, con menciones honoríficas, concursos ganados, etc. Era de más edad que yo, pero eso no alcanzaba a justificar el aire de superioridad que tenía en su trato hacia mí (por lo cual lo llamaré AS), así como tampoco el tufo machista que desprendía en su trato hacia las mujeres en general, sobre las cuales se refería casi siempre en términos vulgares, a la vez que inundaba los pasillos con sus fuertes risotadas cada vez que alguien contaba algún chiste misógino. Pero lo más notable era el aire de superioridad, así que, al llegar yo al departamento de historia, AS me espetó en la cara las siguientes palabras: “No entiendo por qué tardaste tanto en hacer tu doctorado. Yo en dos años lo terminé, y con mención honorífica”. En ese momento sentí sus palabras como aplastantes, porque era cierto que había tardado más tiempo que él en terminar el doctorado (eran tiempos en que las instituciones no ejercían tanta presión en sus doctorantes, pues el Conacyt aún no había instalado el indicador de eficiencia terminal para condicionar sus becas: *el indicador de oro*). Al iniciar el doctorado, yo ya tenía una hija de cuatro años y un hijo varón de un año. Luego, cuando acabó la beca, tuve que trabajar. Cuando concluí la tesis, sucedió que murió la esposa de don Luis, Armida, y esperé a que él se reconstituyera un poco, luego de tan gran pérdida, para seguir con los ajetreos propios de la titulación. No, no había logrado avanzar tan de prisa como mi colega AS, a pesar de que había contado con el apoyo de mi esposo, de mis padres y hermanas, de mi suegra y cuñados, de algunas amigas y de la señora que me ayudaba en la limpieza de la casa.

Cuando mi colega AS me dijo con tono regañón que había tardado más de dos años en estudiar el doctorado, caí en su trampa competitiva, y me sentí hundida y hasta humillada. ¿Por qué? Porque en ese momento yo tenía naturalizada la idea de que un académico debía seguir

una trayectoria *ideal*,¹⁴ que era más o menos como la de él: tener desde siempre y para toda la eternidad una vocación disciplinaria muy clara, en este caso, como historiador; después de estudiar la licenciatura en historia, haber hecho de inmediato una maestría, y enseguida el doctorado en la misma disciplina, terminado prontito y brillantemente, con mención honorífica y con la tesis casi publicada. Después, en esa trayectoria ideal, debías incorporarte rápidamente a una universidad, con una plaza bien pagada, hacer investigación, dar clases, seguir publicando, todo sin parar. Ésa era la trayectoria ideal-esperada-dorada-impecable, que se refería de manera implícita a varones sin familia (o con ella, pero sin ocuparse propiamente de las responsabilidades que implicaba) que podían estudiar con libertad, viviendo sólo para sí mismos, sin tener que cuidar, hijos, casa, padres, etcétera.

Mi trayectoria, hasta ese momento, no había sido así. Yo había titubeado sobre en qué disciplina insertarme; a media maestría había quedado embarazada; había hecho la tesis con una bebé y una crisis de pareja; había estado a punto de desertar; había ido a vivir a otro país y tenido allá otro hijo; había luego estudiado un doctorado tutorial para no ausentarme de mis crías. Además, había tenido que trabajar. De manera que había terminado el doctorado exhausta por tantos malabares y equilibrios frágiles entre la vida familiar y la vida académica, y ahora con más complicaciones, pues iniciaba la vida laboral con un tiempo completo en la universidad, con dobles y triples jornadas.¹⁵ Me sentí mal por

¹⁴ La noción de trayectoria ideal en la carrera académica es problematizada y analizada en Weiss (2012).

¹⁵ En este punto, hay que considerar la aportación de la economista Nancy Folbre, quien explica que la modernización y el desarrollo económico capitalista, en un contexto de patriarcado, han llevado a que las tareas reproductivas recaigan principalmente en las mujeres, quienes están posicionadas en un lugar social aún considerado inferior, y cuya participación simultánea en la fuerza laboral y reproductiva ha tenido efectos negativos en su familia, principalmente en sus hijos e hijas. Ella argumenta que aunque las mujeres han incrementado su independencia, poder adquisitivo y autoestima, al participar en la fuerza laboral, terminan agotadas porque, aunque están trabajando fuera de casa, continúan estando a cargo de las tareas domésticas, ya que los hombres por lo general no han incrementado su participación en ellas, lo cual produce una desproporción en detrimento de las mujeres, pues hay efectos negativos no sólo en mujeres y niños, sino también en los ancianos, discapacitados y personas vulnerables de la sociedad que antes eran atendidos por las mujeres en las familias. La

no tener la trayectoria *dorada* de mi compañero AS. Había caído en el anzuelo que él me había lanzado, había caído en la trampa de sentir competencia con él, de competir en un mundo que era un constructo masculino.¹⁶ Con el tiempo me di cuenta de que él tampoco era muy diferente de otros colegas varones, y que el anzuelo de la competencia a veces te lo lanzaban también las mujeres.

Por aquel entonces, los integrantes del Departamento de Historia compartíamos un edificio nuevo con los profesores del Departamento de Filosofía. Aún no había personal contratado de limpieza que se encargara en específico de ese edificio, así que nuestra jefa de historia nos pidió que, mientras la universidad contrataba ese personal, cada quien limpiara su cubículo y algún tramo del pasillo. “Bien, no hay problema”, pensé, y llevé escoba, trapeador, cubeta y sacudidor, con los cuales periódicamente limpiaba mi área. Pero yo no veía que los demás colegas de historia limpiaran sus cubículos (creo que no lo hacían), ni tampoco los compañeros de filosofía (allí sí eran puros hombres). Había cierto misterio en torno a la limpieza del edificio porque, aunque no se veía que limpiaran, tampoco se veía tan sucio. Y sucedió que un fin de semana que yo tenía que trabajar en casa y había olvidado material en mi cubículo, fui en sábado a la universidad. Entré al edificio que compartíamos con los filósofos y ¡oh, sorpresa! ¡Misterio resuelto! Allí estaban las esposas de los filósofos ¡limpiando los cubículos de sus maridos!¹⁷ Después yo les decía a mis amigas que los filósofos eran mancos, como la Venus de Milo pero en hombre, porque literalmente no tenían brazos ni manos para agarrar una escoba y limpiar sus propios cubículos.

“Una mujer Atenea en el campo académico es probablemente una buena investigadora. Con su enfoque lógico y su atención a los detalles [...] la

autora estudia este fenómeno en Estados Unidos, Europa noroccidental, América Latina y El Caribe, y concluye que el Estado benefactor no consideró en su momento los efectos de este fenómeno en estas regiones. Véase Folbre (1994). Agradezco a la Dra. Tere Fernández por darme a conocer este libro. Además, sobre las dobles y triples jornadas de las mujeres en Aguascalientes, puede verse Terán (2005).

¹⁶ Sobre la universidad como constructo masculino, puede verse Buquet *et al.* (2013).

¹⁷ Esto tiene que ver con la división sexual del trabajo que, según Valdez, se gestó desde mucho antes del patriarcado griego. *Cfr.* Valdez (1996).

¿Atenea o hestia? Las diosas que han acompañado mi caminar académico

mujer Atenea puede ser una maestra excelente. Explica las cosas con claridad. Si el tema exige información precisa, es probable que lo domine. Su fuerte puede ser explicar procesos complejos que se desarrollan paso a paso. Es exigente [...] Las mujeres Atenea pueden tener más éxito en el matrimonio [formado por dos profesionistas], pues planea la logística de tener dos asociados laborales con metas a largo plazo y con horarios que pueden no ser los habituales” (Shinoda, 2005: 78).

¿SORORIDAD Y FRATERNIDAD O ENEMISTAD COTIDIANA?

En el Departamento de Historia había otra mujer: mi jefa. Como Aguascalientes era pueblo chico, infierno grande, yo la conocía porque habíamos estudiado la secundaria en la misma escuela de monjas, pero allí no habíamos sido amigas ni enemigas. Casi enseguida que entré a la universidad el ambiente se politizó debido a la elección de rector, y el destino nos puso a mi jefa y a mí en bandos opuestos, de manera que ella se convirtió en una especie de jefa-espía (por lo que la llamaré aquí JE), porque si yo recibía visitas en mi cubo, salía a tomar un café, emitía alguna opinión sobre la universidad o llegaba tarde, JE tomaba nota y corría a informar de todo eso al decano por el cual yo no había votado. Estábamos a fines de los años noventa del siglo XX, y en ese momento casi todos los profesores de tiempo completo del Departamento de Historia estábamos en el Sistema Nacional de Investigadores (SNI), de manera que sólo impartíamos una clase y el resto del tiempo hacíamos investigación, lo cual algunos maestros que sólo se dedicaban a impartir clases veían como un privilegio, y tenían la firme creencia de que los del SNI éramos una bola de holgazanes. JE siempre daba clases a los estudiantes de nuevo ingreso, y ante ellos se empeñaba en crear una imagen nefasta del resto de los profesores, incluida esta servidora. Una imagen en la que todos éramos incompetentes, flojos e intrigantes. Lo bueno fue que la mayoría de los tiernos alumnos no se tragaban esa proyección de su mirada o desmentían el cuento al conocer al resto de los profesores.

Entre mis compañeros había un historiador un poco más joven que yo, que era muy trabajador, humilde, sencillo, con quien hice amistad y a quien hasta la fecha respeto mucho. Le llamaré Nacho, debido a que

los estudiantes así le pusieron porque siempre les recomendaba leer la revista “Nachonal Yiografic”. Nacho se convirtió en mi jefe de departamento cuando el ambiente político en la universidad se puso todavía más pesado. Hasta la fecha admiro su prudencia, su capacidad de diálogo, su respeto hacia nosotros como colegas y su capacidad para mantener a flote el departamento: un bote que estaba lleno de ases individualistas, una JE controladora, y en medio de un aire institucional muy enrarecido.

Un día nos cambiaron de edificio y teníamos que elegir cubículo. Pero había ciertas reglas, por las cuales elegían primero los profesores de mayor antigüedad. Cuando me tocó elegir a mí, todavía quedaba uno libre, que tenía un gran ventanal, con vista de árboles, mucha luz y aire. “Qué raro, me pregunté, ¿por qué los anteriores maestros no han escogido este cubículo?”. Un colega que había escogido un cubículo sin vista al jardín pareció haberme leído el pensamiento y me dijo, señalando el cubículo con ventanal: “Nadie lo ha escogido porque está cerca del cubículo de AS”. Aun así, lo elegí porque era el único con esa vista, luz y aire, pues los otros cubículos buenos ya habían sido escogidos por los profesores más antiguos. “No importa, torearé a AS”, pensé. Así comencé a sortear el hecho de que en cada interacción que teníamos, él tratara de corregirme algo, ya fuera una palabra, un adjetivo, un dato histórico, mi librero, mis plantas, cualquier cosa. Lo de que físicamente él me viera hacia abajo no podía yo evitarlo porque él era alto y yo chaparra, pero eso, que con otras personas no era un problema, con él sí parecía serlo, porque además de la estatura él se subía al pedestal de “yo soy el único y verdadero historiador aquí, y lo que hacen los demás es pura basura”. Si esto hacía con sus pares, mucho más con los alumnos.¹⁸ Escuché a AS referirse a sus asistentes de investigación como esclavos, y supe de la demanda de una secretaria contra él por acoso sexual (asunto del cual salió bien librado gracias a la complicidad masculina de un exrector amigo suyo, que lo defendió ante la máxima autoridad universitaria).¹⁹ Poco a poco AS comenzó a quedarse solo.

¹⁸ El menosprecio sistemático hacia colegas y estudiantes ha sido calificado como violencia de género. Véase Hernández (2015).

¹⁹ Desde luego que el acoso sexual también ha sido conceptualizado como violencia de género. Aunque falta investigar más sobre las complicidades masculinas y el solapamiento, como en este caso. No sólo en la Iglesia católica se cuecen habas.

Desde antes, también el Departamento de Historia se había quedado solo, en el plano institucional, debido a que, como su profesorado en conjunto no habíamos votado por quien quedó como decano, nunca hubo presupuesto suficiente para el Departamento de Historia, no se nos informaba si había recursos federales, no teníamos secretaria; éramos el patito feo del decanato. El ambiente político estaba muy pesado, y yo busqué refugio con colegas mujeres, de los departamentos de sociología y educación. En general, me sentí mejor y logré entablar relaciones sólidas y duraderas con colegas mujeres de esos departamentos. Pero una vez una de ellas (afortunadamente, sólo una) me lanzó el mismo anzuelo competitivo que AS. No quedé atrapada en su anzuelo, pero me dio tristeza y se me colmó el vaso.²⁰ Pensé que necesitaba salir de ahí y tomar aire fresco.

“Atenea fue desafiada por Aracné, a la que Atenea convirtió en araña, y la condenó para siempre a pender de un hilo y a tejer [...] Atenea muestra que pensar correctamente, conservar la cabeza en el calor de una situación emocional y desarrollar buenas tácticas en medio del conflicto son rasgos naturales para algunas mujeres (Shinoda, 2005: 69).

¿ESTANCIA POSDOCTORAL O VIL ESCAPATORIA?

Solicité apoyo al Conacyt para una estancia posdoctoral a principios de 2000, y me fue concedido para comenzarla en septiembre de ese año. Mi amigo historiador Víctor González me había hablado maravillas de la Biblioteca Benson de la Universidad de Texas, en Austin. En un congreso académico, conocí a Mauricio Tenorio, quien por entonces ocupaba una plaza en esa universidad, y le pregunté si él podría ser mi anfitrión, a lo que, casi distraídamente, me respondió que sí. Conseguí con cierta facilidad el permiso del rector y el apoyo de mi jefe de departamento.

Por otra parte, en cuanto a lo familiar, pensé que era un proyecto viable, pues Austin no estaba tan lejos de Aguascalientes. Se hacían entre doce y trece horas en automóvil (con un descanso obligado en

²⁰ Sobre el síndrome de desgaste o *burnout*, no lo tuve completito, pero casi. Véase Guzmán *et al.* (2008).

Monterrey), y podríamos ir y venir con cierta frecuencia. Adán tenía ocho años y Sofía trece; no se puede decir que hayan decidido algo, pero aceptaron mudarse. Chava me dijo que sí se iría con nosotros. Así que el verano de 2000 fui con mis hijos a Austin a preparar el terreno en la universidad, a conseguir departamento, a inscribir a mis hijos en escuelas, etc. Todo estaba listo para mudarnos después del verano. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando, al regresar a Aguascalientes, Chava me dice que él no podría irse a vivir con nosotros por una serie de condiciones laborales que antes no había considerado, pero que no me preocupara, que Austin estaba cerca y que él nos visitaría seguido.

¿Qué hacer? ¿Cancelar todo, ignorar los permisos, el financiamiento conseguido y quedarme con Chava en Aguascalientes? ¿Irme con mis hijos sola a Austin? El fantasma de la crisis de pareja que había vivido durante mis estudios de maestría todavía me perseguía. ¿Valía la pena separar a la familia —otra vez— por una estancia posdoctoral? No lo sabía. Pero lo que sí sentía era que yo necesitaba tomar aire fresco. Todo estaba preparado ya, y el financiamiento conseguido. Así que, sopesando y deseando que esta vez la separación familiar no tuviera consecuencias graves, decidí salir, asumiendo los riesgos que implicaba tal decisión.

Al llegar a Austin tuve otra sorpresa: Mauricio Tenorio se había ido becado a Alemania a realizar una estancia de investigación. Tuve que buscar otro anfitrión y Mauricio me encargó con Charles Hale (hijo). Comencé a trabajar. Mientras mis hijos estaban en la escuela, yo pasaba mis mañanas en mi *otra* casa, la Biblioteca Benson, en donde encontré a la postre a colegas con quienes hice amistad, como Carmen Ramos, Valentina Torres, Michael Werner y Luis Fernando Gerlein. También consulté por temporadas los Archivos Católicos de Texas, en Austin, y el Archivo del Arzobispado de Texas, en San Antonio. Cada quince días Chava pasaba un fin de semana con nosotros, y siempre que podíamos, en puentes y vacaciones, mis hijos y yo íbamos a Aguascalientes. Me volví un cafre del volante y aprendí de memoria el trayecto carretero entre Austin y Aguascalientes, el cual a veces hice sola con mis hijos. Pero la beca del Conacyt no llegó a tiempo (no sé por qué), sino hasta después de casi un año, así que viví allá con mi sueldo de la UAA. Al llegar por fin la beca, me pregunté qué hacer. Hablé con Nacho y con el rector

de mi universidad para preguntarles si podía prolongar otro año mi estancia, con la tardía beca del Conacyt, y la respuesta fue afirmativa.

En el ámbito familiar, sucedía lo siguiente: Chava continuaba visitando a la familia, Adán estaba muy contento en su escuela y aprendiendo inglés, a diferencia de Sofía, quien, en plena adolescencia, estaba sufriendo por haber dejado amistades y familiares en Aguascalientes y por no terminar de adaptarse a una escuela con un sistema disciplinario muy cuadrado que, además, no le gustaba. Durante un año escolar sólo había hecho una amiga, en la cual había encontrado cierto refugio, pero parecía no ser suficiente para ella, por lo que, cuando se presentó la oportunidad de quedarnos otro año en Austin, ella prefirió regresar a Aguascalientes, donde estaban su casa, su papá, familiares y amistades, por lo cual decidimos que ella se iría a vivir con Chava, mientras que Adán y yo nos quedaríamos en Austin.

El segundo año de estancia, Mauricio regresó de Alemania y se convirtió –ahora sí– en mi investigador anfitrión y amigo. Como producto de la estancia, escribí un libro (Padilla, 2008) que venía a tono con la línea sobre católicos y Revolución que había comenzado en el doctorado (Padilla, 2001). Sí, entonces tenía una línea de investigación sobre católicos y Revolución mexicana. Pero también comenzaban a cansarme ya las intrigas de los jerarcas católicos. Así también, en Austin conocí el mundo del judaísmo, de manera que mi perspectiva se amplió del mundo de los católicos al mundo de las religiones. Cabe decir que también en Austin descubrí –gracias a Mauricio– los archivos de Anita Brenner, y regresé tan entusiasmada de haberlos visto, que elaboré un proyecto que me permitió regresar a Austin un verano completo para investigar esos archivos, particularmente una parte de sus diarios, investigación que produjo otro libro (Padilla, 2010), aunque en realidad había tenido la oportunidad de revisar sólo una pequeña parte del vasto archivo que su hija Susana Glusker había donado a la Universidad de Texas, en Austin. Posteriormente, nuevos aires llegaron para este tema cuando Marcela López Arellano se inscribió en el doctorado en estudios socioculturales de la UAA y quedé como su tutora, pues a ella le interesó continuar el trabajo en estos archivos. Invitamos entonces a Tere Fernández, Carmen Ramos y Alma Dorantes a su comité tutorial, y fue tan agradable trabajar con ellas, que terminamos siendo

amigas, mientras que Marcela demostró ser una historiadora dedicada e inteligente.²¹

“A mitad de la vida, una mujer Atenea suele tomar tiempo para asentar su situación. Considera todas las opciones y después efectúa una transición ordenada a la siguiente fase. Si el trabajo constituye su principal interés, se halla en mitad de su carrera y puede ver en ese momento su trayectoria: hasta dónde puede elevarse, hasta qué punto es segura su situación, a dónde la puede llevar una relación con un mentor” (Shinoda, 2005: 85).

¿SABÁTICO O ENCUENTRO ESPIRITUAL?

Regresé de Austin a la UAA en agosto de 2002, y a fines de 2003 Chava me dijo que en 2005 le tocaba sabático y quería irse a España. En esa época, a mí me interesaba que mi familia ya no estuviera separada, pues, aunque habíamos sobrevivido bien a la experiencia de Austin, de mi parte ya quería que permaneciéramos físicamente cerca. Así que le pregunté si iríamos en familia, y él me dijo que no tenía recursos suficientes para llevar a toda la familia, pero que si yo conseguía algo podríamos ir todos.

Nuevamente me encontré en la disyuntiva entre el crecimiento profesional y mantener el equilibrio familiar. Yo no tenía todavía derecho a sabático, pues acababa de regresar de Austin. Además, Conacyt ya me había financiado una estancia posdoctoral y sería difícil que me financiara otra estancia. Me puse a buscar financiamiento externo para realizar investigación, pero lo que encontré fueron convocatorias para estudiar doctorados. Por entonces yo estaba muy interesada en la historia de las religiones (ya no sólo del catolicismo), en particular en el tema del misticismo. Encontré que en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona el Dr. Amador Vega (filósofo e historiador) trabajaba ese tema. Le escribí preguntándole si estaría interesado en recibirme para realizar una investigación en torno a los escritos de una mística

²¹ La tesis concluyó con el libro *Anita Brenner, una escritora con México en el corazón* (México: UAA/ CDIJUM, 2016). Como tesis, el trabajo de Marcela ganó un premio nacional del Centro de Investigación Judía en México.

mexicana de principios del siglo XX, y me respondió que sí, que me podía recibir y ayudar con ese tema. Entonces encontré que las becas de alto nivel para América Latina (becas ALBAN) estaban a punto de cerrar su convocatoria. Eran unas becas muy competidas, y yo estaba casi en el límite de edad, que era 45 años para estudiar un doctorado. De todos modos elaboré un proyecto y lo mandé sin muchas expectativas, porque había muchísimos candidatos jóvenes, y yo ya tenía un doctorado. Pero para mi sorpresa, a fines de 2003 me llegó un mensaje de ALBAN de que se me otorgaba la beca para realizar estudios de doctorado en humanidades, en la Universidad Pompeu Fabra, programa que comenzaba en septiembre de 2004 y terminaba en julio de 2006. ¡No puede ser! Eso afectaba todos nuestros tiempos previstos para salir de la UAA. Hablé con Chava y le comenté la ¿buena? noticia: “Pues fíjate que me dan la beca, pero los estudios comienzan dentro de seis meses, o sea, un año antes que tu sabático”. Y él me dijo que no había problema, que nuestros hijos ya estaban grandecitos, y que él se podía hacer cargo de ellos ese año, que yo me adelantara y que en agosto de 2005 todos me alcanzarían allá.

Otra vez separación familiar. Pero yo sentía que nuestra relación de pareja estaba ahora lo suficientemente fuerte como para soportar de nuevo la distancia, así como también nuestros hijos ya tenían otras circunstancias de vida. Sofía estaba terminando la prepa y Adán estaba en secundaria. Sin embargo, no me parecía buena idea dejarlos en plena adolescencia sin su mamá. Pero Sofía ya no era tan rebelde, y Adán mostraba capacidad para adaptarse a los cambios de escuela, por lo que le dije a Chava que lo pensaría. Mientras tanto, decidí explorar si el camino burocrático al interno de la institución también fluía. Fui a hablar con el nuevo rector de la universidad, quien, para mi sorpresa, aceptó muy rápido y hasta con cierto gusto darme el permiso para que me fuera a realizar un segundo doctorado, ahora en humanidades (apoyo que no era habitual obtener, pero que, al ver él que ya tenía financiamiento internacional, me dio de inmediato). También hablé con Nacho, que ahora era mi jefe de departamento, y no hubo problemas. De forma que ya tenía el permiso institucional con goce de sueldo. Todo había fluido. Y estaba el consentimiento de Chava de cuidar a los hijos. Sólo

restaba lidiar con el sentimiento de culpa²² que asomaba prematuramente en mis soliloquios. ¿Cómo dejar a mis hijos todo un año? Nunca me había separado tanto tiempo de ellos.

Decidí probar y dar un primer paso. Pensé que si mis hijos me necesitaban, me regresaba, y si todo iba bien, continuaba allá. Además, tenía algunos ahorros que podría emplear en viajar con cierta frecuencia para verlos. Y así lo hice. Llegué a Barcelona a fines de septiembre del 2004 y regresé a México a pasar la Navidad de ese año. Recuerdo que la primera vez que fui a ver a mis hijos yo sentía poquita culpa por dejarlos solos, es decir, al cuidado únicamente de su papá, y les pregunté si me extrañaban. Después de un momento de silencio, Sofía, que ya tenía diecisiete años, me dijo: “Mira, mamá. Si te decimos que te extrañamos, te vas a querer regresar. Si te decimos que no te extrañamos, te vas a sentir mal. Por eso mejor no decimos nada”. Sofía estaba contenta en su último año de bachillerato y Adán estaba contento en su escuela. Me fui otra vez a Barcelona en enero de 2005, y en abril regresé de nuevo a ver a mi familia. Pasé mayo y junio en Barcelona y finalmente en el verano regresé a México para después irnos todos juntos a Barcelona durante un año más.

“Si es madre, cuando sus hijos han crecido, es probable que una mujer Atenea se embarque en proyectos a los que puede dedicar más tiempo, puesto que sus hijos la necesitan menos. Una mujer Atenea vive para su trabajo [...] Algunas mujeres Atenea están preocupadas por altibajos creativos o poéticos, por pensamientos sobre la muerte, la locura, el misticismo [...] Una mujer Atenea posee varias direcciones específicas en el cultivo de otras diosas” (Shinoda, 2005: 78 y 85).

El año que estuve sola comencé mis estudios y tenía todo el tiempo para ellos, lo cual era una sensación bastante rara, ya que, hasta ese momento, generalmente había tenido que hacer dobles o hasta triples jornadas. Como rata de archivo y ratona de biblioteca, pasaba todo el día en la Biblioteca Haas (excelente en temas de historia del misticismo

²² El tema de la culpa en mujeres que trabajan y las maneras de lidiar con ella ha sido estudiado en mujeres empresarias por Fenwick (2002).

y las religiones). Para no cansarme de estar sentada, decidí hacer alguna actividad física, y a principios de 2005 me inscribí en los cursos de tai chi de una escuela (El Rincón del Silencio) fundada por el sacerdote católico chino Peter Yang. A mis 44 años, estaba también inmersa en una búsqueda espiritual muy fuerte, y andaba necesitada de guía en ese terreno.

“El encuentro con Hestia se puede dar a través de la soledad no elegida. Casi todo el mundo experimenta en su vida periodos no elegidos de soledad [...] La mediana edad puede ser el periodo para que una mujer Hestia [...] dedique su vida a una determinada vida espiritual. Para ella constituye una transición natural, un compromiso cada vez más profundo respecto a una devoción ya practicada. Para los familiares la decisión puede ser totalmente inesperada porque la silenciosa Hestia nunca les reveló la importancia de este aspecto de su vida” (Shinoda, 2005: 108).

Conocí al sacerdote católico chino Peter Yang en la catedral de Barcelona, en abril de 2005, y después lo vi con frecuencia en la escuela de tai chi. Él tenía 86 años. Me impresionaron su silencio, su verticalidad, su movimiento, sus palabras. Fue como andar espiritualmente sedienta y encontrar un manantial de agua cristalina y pura. Empecé a practicar su método de respiración natural y a hacer tai chi, además de participar en sus tertulias. A partir de ese encuentro no sólo cambió mi vida personal y familiar, sino que también comencé a tener otra perspectiva de todo lo que hacía en lo profesional, es decir, empecé a ver mi trabajo, las clases, los libros que escribía, todo, todo, como perdiendo relevancia, como desdibujándose su importancia en mi vida, como abriendo espacio y convirtiéndose en central mi camino espiritual. Un camino que comenzó al sentarme a respirar y por el que, al paso de las horas respirando con consciencia, tuve mis primeras experiencias espirituales, que sería difícil (quizá imposible) explicar aquí con palabras, pero que generaron en mí una nueva comprensión del mundo, de la vida y del reino espiritual.

“La práctica de la meditación puede activar o fortalecer gradualmente la influencia de Hestia, la diosa introvertida y enfocada hacia dentro. Como

los efectos de la meditación misma, sin subjetivos, la única persona que suele notar la diferencia es la misma mujer [...] El Ser es lo que experimentamos internamente cuando sentimos una relación con la unidad que nos conecta con la esencia de cada cosa que está fuera de nosotros. En este nivel espiritual, conexión y desapego son paradójicamente la misma cosa. Cuando nos sentimos en contacto con una fuente interna de calor y luz (metafóricamente calentados e iluminados por un fuego espiritual), este fuego calienta a aquellas personas que amamos y nos mantiene en contacto con otras personas que están lejos” (Shinoda, 2005: 99).

¿LA HISTORIA ES LO MÁXIMO O LA HISTORIA ES PARA LOS IDIOTAS?

Cuando le dije que me dedicaba a la historia, Peter sólo dijo: “La historia es para los idiotas”. ¿Escuché bien? ¿Peter me está llamando idiota? ¿Está llamando idiotas a los historiadores? ¡No puede ser! Si cuando escogí ser historiadora mis modelos eran historiadores espléndidamente eruditos, cultos, a quienes era una delicia escuchar. Por ejemplo, don Luis González, quien derrochaba conocimiento histórico, inteligencia, sencillez y humildad. O Jean Meyer, también erudito, intelectual y a la vez sencillo. Yo quería ser historiador al estilo de Jean Meyer y de Luis González. Sí. Historiador en masculino, como aquellos cuyas vidas había leído en el libro *Egohistorias* (Meyer, 1993). Entonces, cuando Peter me dijo: “La historia es para los idiotas”, simplemente no podía aceptarlo, pues los historiadores no eran idiotas: eran *hombres* cultos y amables como mis tutores y como mis nuevos profesores en Barcelona. Simplemente, eso no podía ser. Aunque confieso que también pensé: “Bueno, quizá algunos sí que pueden ser idiotas”. Pero obviamente ese no era el punto que Peter me quería hacer ver. Peter siempre me descolocaba con sus cuentos chinos, con sus frases que salían de una lógica racionalista binaria, con su *psicoacupuntura*, con sus agudas preguntas que destrababan algo en tu interior, con su energía prístina, con su sabiduría china.

“Hestia y Hermes representan las ideas arquetípicas del espíritu y del alma. Hermes es el espíritu que pone al alma sobre el fuego. En este contexto, Hermes es como el viento que sopla las brasas ardientes en el centro del hogar, avivándolas. De la misma manera, las ideas pueden encender sentimientos profundos o las palabras pueden hacer consciente lo que hasta ese momento se ha conocido de manera inarticulada, iluminando lo que ha sido tenuemente percibido” (Shinoda, 2005 : 100).

Entonces pensé: “Peter no se está refiriendo a la disciplina histórica, sino a vivir en el pasado, en vez de saborear el presente”. Cuando pasaba largo rato en mi casa respirando, tratando de mantener la atención en la forma como el aire entraba y salía de mis pulmones, me concentraba en el presente: no vivía en el pasado (que ya no existe) ni en el futuro (que aún no llega), sino en el momento justo de ese instante. Sabía que el pensamiento nos lleva al pasado y al futuro y nos impide vivir el presente. Entonces, vivir en el pasado me impedía sentir el presente y, en este sentido, vivir en el pasado sí parecía una tontería, porque impedía saborear la vida en el hoy. A eso se refería Peter.

“El arquetipo de Hestia comparte la conciencia concentrada (focus) de las otras diosas vírgenes. Sin embargo, la dirección hacia el interior del enfoque es diferente. Atenea y Artemisa orientadas hacia lo externo, se enfocan en conseguir objetivos o llevar a cabo planes. Hestia se concentra en su experiencia subjetiva interna. Por ejemplo, cuando medita, está completamente absorta” (Shinoda, 2005: 95).

Me cuestioné ¿qué estoy haciendo en una disciplina que vive en el pasado? ¿Dedicarme a la historia es una idiotez? Quería cambiar el rumbo de mi vida en ese instante y dedicarme sólo a lo espiritual (en ese momento concebía el trabajo como algo no espiritual). Pero no hice nada porque prevaleció mi sentido de responsabilidad y tenía una beca con compromisos que cumplir. Pero sí me sentí dividida: como si, por una parte, estuviera mi camino espiritual, y por otra, mi trayectoria profesional. Aunque eran sendas paralelas, estaban separadas. Así que me sentí esquizofrénica durante un buen tiempo, pues “el primer síntoma

de un psicópata es creer que los psicópatas son los otros”, según decía Peter Yang.

“La manera de percibir de Hestia se produce mirando hacia adentro, y sintiendo de manera intuitiva qué es lo que pasa. Este método de Hestia nos permite entrar en contacto con nuestros valores, poniendo bajo el foco de lo que tiene significado desde el punto de vista personal. Mediante este foco interno podemos percibir la esencia de la situación. También podemos obtener una comprensión interna del carácter de las demás personas y ver la pauta o sentir el significado de sus acciones. Esta perspectiva interna proporciona claridad en medio de la mirada confusa de detalles a los que se enfrentan nuestros cinco sentidos” (Shinoda, 2005: 95-96).

Además de la enseñanza espiritual de no vivir en el pasado, me di cuenta de que Peter lo que atacaba era al ego, no a la persona. Y de pasada, me di cuenta también de que mi ego era como muy masculino y que, profesionalmente, tenía como modelos de comportamiento a puros historiadores varones, a quienes quería imitar, intentando pensar y actuar como ellos. No había captado en toda su dimensión que, como mujer, yo podría ser de otro modo, pensar y hacer historia de otras maneras. También sucedió que, cuando regresé de Barcelona, con tanto aprendizaje nuevo y dándole prioridad a cultivar mi camino espiritual, mi cabeza no daba para mucho, y me sacaron del Sistema Nacional de Investigadores (lo cual a mi ego le dolió un poco). Sí, Peter tenía razón. La historia era para los idiotas, y la idiota no era mi persona, sino mi ego.

“Una mujer Hestia no está apegada a la gente, los resultados, las posesiones, el prestigio o el poder. Se siente completa tal como es. Su ego no está en juego. Hestia es un arquetipo de conexión con el centro interno. Es el punto tranquilo que da significado a la actividad, la referencia interna que permite a una mujer estar afianzada en medio del caos externo, del desorden o del jaleo ordinario cotidiano” (Shinoda, 2005: 97-98).

¿UN GIRO HACIA LA FEMINIZACIÓN DE MI TRABAJO O REFUGIOS DE RESISTENCIA Y CAMBIO?

Terminé mi segundo doctorado,²³ y regresé a la UAA. Pero al reinsertarme en ella hubo varios cambios. Me pusieron a dar clases solamente en posgrado; y en cuanto a los temas de investigación, me dediqué sobre todo a aquellos que se ubicaban en el cruce entre historia de mujeres, educación y espiritualidad. Recuperé el SNI. Y sucedió que la mayoría de estudiantes cuyas tesis tutoraba eran mujeres. Noté también que a casi todas se les juntaba estudiar un posgrado con la edad reproductiva, de manera que muchas tenían hijos pequeños o resultaban embarazadas a medio posgrado, como me había sucedido a mí en la maestría, y recordé la manera en que la Generala y mis profesores me habían comprendido, y quizá por eso yo las comprendía a ellas, y cuando titubeaban, por lo regular les decía que sí podían terminar el posgrado siempre y cuando tuvieran redes de apoyo. Y así fue, todas sin excepción se titularon, a veces a pesar de sus parejas, pero todas lo hicieron porque tuvieron redes de mujeres que les ayudaron, aunque un par de ellas de plano sí se divorciaron. Los temas de mis estudiantes me gustaban porque giraban en torno a la labor pionera de las mujeres en la educación y el trabajo, en el mundo de la escritura, y en la espiritualidad (a través del ecofeminismo, por ejemplo). En todas sus tesis busqué conformar comités tutoriales interdisciplinarios, en alianza con colegas de historia, sociología, filosofía y educación, mayormente mujeres. En las tesis que asesoré con alumnos varones logré que por lo menos hicieran visibles a las mujeres.

En general, sentía que fluía mejor con las colegas mujeres, y fui encontrando que la manera en que mejor trabajaba era en círculos pequeños de mujeres, en los cuales generábamos conocimiento en forma colaborativa, y como más natural o armónica.

²³ Si bien concluí todos los estudios doctorales e hice una investigación final, las actividades cotidianas que debía realizar al reinsertarme a la universidad me impidieron pulir esa investigación para presentarla como tesis doctoral. Sin embargo, la investigación se publicó diez años después como *Centro vacío. Símbolo y vida de María Angélica Álvarez Icaza* (México: Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2018).

El regreso, sin embargo, no estuvo libre de experiencias con aroma machista. Esto sucedió cuando llegó al Departamento de Historia, como maestro de asignatura, un colega joven, que parecía ser un brillante historiador (por lo cual lo llamaré HI). Estaba recién egresado de una de las mejores instituciones de México, y su tesis doctoral había ganado un premio nacional. Mostró ser un buen maestro, y a mí me parecía que, por ser tan buen investigador, podríamos incorporarlo en algunas actividades de los posgrados. En ese momento yo era miembro del consejo académico del doctorado en estudios socioculturales de la UAA, y lo invité a participar en varios comités tutoriales; así también, logré que el doctorado organizara una conferencia en la que él presentara su tesis doctoral a estudiantes de posgrado. Me parecía que la universidad podría aprovechar de mejor manera la presencia de HI como novel investigador, y no sólo como maestro de asignatura en la licenciatura en historia. También lo invité a hacer una estancia de investigación en la UAA y le dije que, en caso de que Conacyt aceptara, yo podría fungir como su investigadora anfitriona. Él aceptó, hizo los trámites, consiguió el financiamiento y estuvimos como investigador y anfitriona durante el tiempo que duró la estancia, tiempo en el cual establecimos una relación que en México no existe tal cual, pero que en Estados Unidos llaman *mentorship*, en la cual él daba clases y escribía algún artículo sobre su tema de su tesis, mientras que yo lo apoyaba en su inserción en la institución (así fuera provisional). Desde mi punto de vista, HI representaba un estupendo refuerzo para el departamento a la vez que, cuando se abriera una plaza, podría convertirse en un relevo generacional respecto a los maestros de éste, cuya jubilación no tardaría mucho. Y sucedió que un día, entre sus actividades de la estancia, HI organizó un coloquio de investigadores, internos y externos a la institución, en el cual cada investigador mostraría sus proyectos vigentes a los estudiantes de posgrado para fomentar el diálogo académico y la retroalimentación. Su idea me pareció excelente, y le ayudé a organizar a los estudiantes de posgrado, mientras que él se encargaba de hacer un calendario tentativo y de invitar a los maestros. Cuando HI terminó el calendario, me lo mostró para que lo revisara, pero enseguida noté que eran puros hombres y que HI se había olvidado de incluirme en el programa. Cuando se lo hice notar, HI dijo: “Discúlpeme, doctora. Estaba

tan concentrado en invitar a los historiadores y en programarlos, que me olvidé de usted”. De inmediato se fue a rehacer el calendario y a incluirme, pero mientras tanto yo sentí desazón en el estómago, porque me di cuenta de que él consideraba a los otros maestros como los verdaderos historiadores, mientras que a mí no. Su olvido era para mí muy significativo, por lo que días después busqué a mi amiga Gaby, quien es psicóloga y feminista, y le conté con bastante tristeza lo sucedido. Ella me escuchó, y después analizamos juntas la situación. Ella me dijo que le parecía un síntoma de machismo en las nuevas generaciones, el hecho de ver a sus mentoras como madres abnegadas y sacrificadas, como mujeres que dan todo de sí mismas sin esperar nada a cambio, y que, estando esto tan naturalizado, sentían que era como una obligación de las mentoras el ayudarles a crecer y a insertarse en la academia, sin sentir ellos la necesidad de agradecerles nada, al igual que una madre cuida de sus hijos sin reconocimiento alguno. Entonces vi esa dimensión del machismo que consiste en invisibilizar a las mujeres, en este caso una mentora, y más tristeza cuando lo vi en un historiador representante de las nuevas generaciones.

Ya mencioné que ante este tipo de expresiones machistas de mi entorno suelo refugiarme con colegas mujeres de otros departamentos académicos, lo cual hice en ese momento con Silvia de sociología y Laura de educación (no son seudónimos). Esto sucedió porque Silvia nos invitó a conformar un grupo de reflexión autoetnográfica sobre nuestro trabajo en la academia, invitación que Laura y yo aceptamos, por lo que decidimos reunirnos una hora, semanalmente, para reflexionar, hacer lecturas, compartir experiencias, entresacar temas relevantes y, desde luego, escribir. Hicimos esto alrededor de seis meses, en los cuales leímos varias cosas de autoetnografía, pero también estudios sobre la situación de las académicas en varios países. Al principio nos pareció una paradoja que, siendo la reflexión una actividad inherente al trabajo académico, nos fuera tan difícil encontrar tiempo, de entre nuestras apretadas agendas académicas, para reflexionar sobre nuestro propio trabajo. Luego seleccionamos los temas sobre los que escribiríamos y, en un ejercicio de autoetnografía colaborativa, trenzamos nuestros escritos, analizamos nuestras experiencias en relación con el contexto, incluimos nuestras reflexiones y escribimos juntas un solo artículo que titulamos

“Somos académicas privilegiadas, y aun así...”, que trataba sobre nuestras experiencias y críticas a nuestra situación como mujeres en un contexto académico neoliberal, competitivo, burocratizado y masculino, y que se publicó en una revista argentina (Bénard *et al.*, 2018). Pero no fue el único producto, pues el proceso fortaleció la amistad entre las tres, y aprendimos bastante. Para mí, un aprendizaje significativo fue descubrir que, antes de iniciar el proceso, cada una de nosotras, por sí misma y por separado, había tomado la decisión de intentar vivir lo que nos restaba de vida académica sin caer en el estrés derivado de las presiones propias del sistema (Kral, 2016). Las tres éramos productivas y pertenecíamos al Sistema Nacional de Investigadores de nuestro país, pero habíamos decidido no aspirar a subir de nivel dentro de ese sistema, por el mucho estrés que eso implicaba. Queríamos conservar la salud,²⁴ y mantener el frágil equilibrio que habíamos logrado entre nuestra vida laboral y familiar. En mi caso particular, quería continuar practicando tai chi y cultivando otras dimensiones de mi persona, como la espiritual.

Otra experiencia que ha sido muy significativa para mí fue la de participar en el grupo de escritoras de este libro, que comenzó también con diálogos sobre la autoetnografía como una nueva metodología que nos permitía transformar nuestra experiencia en objeto de conocimiento social. En mi universidad, entre el profesorado, solamente Silvia, Laura y yo habíamos trabajado con dicha metodología. Cabe decir que un día, ante los profesores del Departamento de Historia, mencioné que en el curso de posgrado que en ese momento estaba yo impartiendo estábamos viendo precisamente a la autoetnografía como una potente novedad metodológica, y fue cuando uno de mis colegas profesores me dijo (literalmente): “¿Y eso qué? Puro chisme de vieja”. Ante lo cual observé que, en primer lugar, no tenía ni idea de qué se trataba esa metodología, y en segundo lugar que, sin conocerla, demeritaba la autoetnografía como

²⁴ Según Karla Kral, los altos niveles de estrés asociado con las cargas de trabajo saturadas, así como un estilo de vida sedentario al pasar muchas horas en la computadora, son fuentes generadoras de enfermedad, especialmente para el profesorado de tiempo completo. Y cita estudios de la Universidad de Colima que han encontrado que, a mayor productividad en investigación, mayor incremento de las enfermedades (Kral, 2016: 99).

metodología de investigación, y la deslegitimaba al asociarlo con algo femenino. No, en mi departamento no había con quien dialogar al respecto.

Encontré nuevamente refugio en este grupo interdisciplinario e interinstitucional conformado por las ocho investigadoras que hoy escriben este libro: la Dra. Susan Street del CIESAS-Occidente, quien atinada y cálidamente nos coordinó; y por otras colegas y amigas con quienes trabajamos colaborativa y *sororalmente*, y a quienes estoy muy agradecida por ello, como las Dras. Mercedes Blanco, del CIESAS-DF; Oresta López Pérez, de El Colegio de San Luis, A.C.; Norma Georgina Gutiérrez Serrano, de la Universidad Nacional Autónoma de México; Patricia Martínez, de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí; Marcela López Arellano y Yolanda Padilla Rangel, de la UAA; contando con los agudos comentarios de María Teresa Fernández, del CIESAS-Occidente. Con ellas nos reunimos tres veces a lo largo de un año (una vez en Aguascalientes, otra en San Luis y la última en Guadalajara), para leer y retroalimentar nuestros avances, y en todas esas ocasiones aprendí mucho de ellas, y así fuimos mejorando cada una nuestros textos con las retroalimentaciones colectivas, y creo que con eso estuvimos practicando un tipo de investigación colaborativa y reflexiva que, desde mi punto de vista, representa una nueva forma, no vertical ni competitiva (circular, diría Susan Street); no positivista, sino reflexiva e intuitiva, de generar conocimiento.²⁵ En todas las ocasiones asistieron algunas de nuestras estudiantes, que hicieron las relatorías de las reuniones, pero en la de San Luis Potosí sucedió que, luego de haber escuchado nuestros relatos atentamente, una estudiante nos dijo (palabras más, palabras menos): “Me gustaron sus relatos; observo que han tenido que resistir como mujeres en una institución construida por hombres, y eso es notable, pero también tengo que decir que en ocasiones, como alumna, puedo ver que tal vez sin quererlo se comportaron igual que los profesores varones, y que también nos generaron estrés”. Entonces, con

²⁵ De hecho, las primeras feministas tuvieron como objeto de estudio su experiencia, y las primeras historiadoras feministas quisieron situar en la historia su propia experiencia. De ahí en adelante, la epistemología feminista se ha convertido en una fuente de rupturas epistemológicas y de otro tipo respecto a los paradigmas establecidos por el patriarcado. Al respecto y para iniciarse en este tema, véase Harding (1987) y Scott (1990).

esa observación me vi a mí misma como inserta en un constructo de origen masculino, resistiendo a sus vicios y defectos, pero a la vez y sin querer, reproduciéndolo.

¿PUEDO APRENDER DE MI PROPIA HISTORIA O NO?

Quiero subrayar un punto de inflexión importante en mi relato, que fue pasar de modelos de actuación profesional masculinos a formas diferentes de considerar la organización y generación de conocimientos. Me explico.

En mi trayectoria como mujer Atenea, necesité establecer relaciones con mentores y aliados varones que tuvieran intereses y visiones similares a la mía. Mis mentores resultaron ser, por decir así, patriarcas buenos, que me ayudaron a caminar por el mundo académico y a aprender a investigar. A pesar de la verticalidad que implicaba nuestra relación de tutor/alumno, además de que lo coloqué en el pedestal de mi admiración, Jean Meyer me mostró caminos nuevos humanistas, y como persona se mostró atento, respetuoso, empático y hasta amistoso cuando yo pasé por momentos difíciles. Don Luis González me dio la seguridad que necesitaba durante mis estudios de doctorado, me apoyó bastante en lo académico, me abrió las puertas de su casa y su familia, y me protegió de peligros carreteros. Ambos eran mis modelos de historiador, por ser inteligentes y eruditos, a la vez que amables y sencillos (Suriel *et al.*, 2018), pero a lo que me ayudaron fue a introducirme en una institución que era, sobre todo, un constructo masculino, sin poder observar yo hasta ese momento mi propia posición y condición, cosa que cambió después.

En ese constructo masculino, también establecí relaciones con colegas mujeres, que han estado coloreadas de amistad y sororidad y que, ahora puedo verlo, representaban una forma de resistencia²⁶ a las presiones de la academia neoliberal. También establecí relaciones con alumnos, pero las que tuve con alumnas pueden ubicarse en el mismo

²⁶ Siendo la resistencia, como dice María Lugones un inicio, más que un final (Lugones, 2011).

tipo de relación que el de mis colegas, es decir, relaciones horizontales, dialogales y colaborativas, que valoran la experiencia, intuición y sensibilidad de las mujeres, y que apuntan según yo a nuevas formas de generar conocimiento (véase Arfuch, 2016).

En las relaciones tutoriales tradicionales, los tutores eran lejanos; y si eran hombres, a veces estaban cruzadas por su supuesta superioridad sobre las estudiantes. Pero, como me sucedió a mí, nuevos estudios en este campo indican que en las nuevas relaciones tutoriales no quedan fuera la reciprocidad, la efectividad, el apoyo y la confianza que permiten al estudiante desafiar y ampliar las perspectivas profesionales y personales de sus tutorados (Suriel *et al.*, 2018: 166). Se trata de un trabajo colegial que está libre de paradigmas como el machismo o el marianismo y que llegan a una mentoría tipo “musa”, que inspira a ser un mejor académico, sustituyendo la antigua enseñanza basada en la autoridad jerárquica, y que incluso va más allá de la jerarquía, que es recíproca y hasta puede desafiar el *statu quo*.²⁷

Como mujer Atenea, aliados importantes en mi trayectoria fueron Nacho, mi colega solidario. Pero sobre todo mi esposo y colega Chava Camacho, con quien he investigado y publicado, en una relación profesional de apoyo y no de competencia. También hubo colegas que no fueron ni mentores ni aliados, como AS, quien representaba el machismo tradicional de los académicos de anteriores generaciones, y HI, quien representa el de las nuevas.

En relación con las mujeres, como mujer Hestia he establecido redes de amistad y trabajo con colegas, compartiendo no sólo nuevos temas y metodologías de investigación, sino también experiencias de vida, como la de hacer malabares para lograr un equilibrio entre familia y trabajo. Con ellas visualicé formas alternas de vivir la academia, sin morir en el intento.

²⁷ El machismo se refiere a expresiones y conductas que perciben las características de los varones asociadas con el sexismo y el chauvinismo que impone roles femeninos de género. Y el marianismo se refiere al modelo en que la mujer se autosacrifica a favor de la estructura familiar como la meta última y final. Ambos construyen normas culturales que refuerzan los supuestos sobre la competencia y autoeficacia de cada género. Véase Suriel *et al.* (2018: 167).

Con mis alumnas, intenté establecer un nuevo tipo de mentoría, más horizontal y que considera aspectos de género que nos son comunes, como sobrevivir con equilibrio al empalme que se da entre la vida productiva y la reproductiva.²⁸ Espero que, entre ambas, colegas y alumnas, estemos inaugurando relaciones de género en la academia diferentes a las prevalecientes hasta ahora.

La escritura autoetnográfica me permitió ver cómo al principio de mi trayectoria académica tuve que pensar y actuar bajo los estándares masculinos de éxito académico impuestos por la academia neoliberal, pero que gracias al análisis y crítica realizada por grupos de mujeres estamos cuestionando con miras a generar modos alternos de lidiar con ellos mientras cambian las cosas. Me permitió darme cuenta de que mi subjetividad abarca también mi posicionamiento ante las normas y estilo del mundo académico vigente, así como las estrategias y negociaciones que he hecho ante esas normas y el estilo de transmisión y generación de conocimiento actual, resistiendo en forma consciente a todo eso, aunque también quizá reproduciendo inconscientemente cuestiones que no me gustan, en un proceso de constante cambio de mi subjetividad ante el ámbito laboral.²⁹

¿A QUIÉN DEBO INVOCAR AHORA: ATENEA O HESTIA?

“Hestia fue la diosa del hogar o del fuego ardiendo en un hogar circular. El símbolo de Hestia era el círculo y sus primeros hogares fueron redondos. No quedaba consagrada ninguna casa ni templo hasta la entronización de Hestia. Cuando ella estaba presente transformaba ambos lugares

²⁸ Hay que notar que ser buena madre es un mensaje cultural fuerte que reciben las mujeres, y en la academia muchas mujeres tenemos que equilibrar el trabajo académico con la crianza de niños, lo cual se traduce en la toma de decisiones difíciles y cotidianas, donde entra el juego el conflicto entre atender lo doméstico y las obligaciones respecto a su trabajo. Lo mismo sucede en el mundo empresarial, como puede verse en Fenwick (2002).

²⁹ Lo que a mí me sucedió en el medio académico lo estudió una autora en el mundo empresarial canadiense, observando cómo las mujeres negocian su identidad y prácticas frente al discurso empresarial dominante y de cuño masculino. Véase Fenwick (2002).

en espacios sagrados. Hestia era una presencia que se sentía espiritualmente y también un fuego sagrado que proporcionaba iluminación, calor y lumbre para cocinar” (Shinoda, 2005: 93).

Actualmente ya no veo lo profesional como separado de lo espiritual; y mientras trabajo, intento cultivar mi lado humilde, sensible, intuitivo, colaborativo. A veces esto se torna difícil, pues el ambiente laboral patriarcal sigue estando bajo el imperio sólo de la razón, olvidando, por ejemplo, el fuego del corazón. Y ya no me siento muy feliz en un lugar así, pues *el lugar de trabajo competitivo no gratifica a las mujeres Hestia*. Pero también hay mujeres Hestia con quienes trabajar, lo cual me ocupa mientras llega la jubilación, ya no lejana.

“La manera de percibir de Hestia se produce mirando hacia adentro, y sintiendo de manera intuitiva qué es lo que pasa. Este método de Hestia nos permite entrar en contacto con nuestros valores, poniendo bajo el foco de lo que tiene significado desde el punto de vista personal. Hestia busca la tranquilidad serena, la soledad” (Shinoda, 2005: 96).

En este contexto y al final de este relato, hoy por hoy me pregunto: ¿con quién me quedo, con Atenea o con Hestia? Y respondo que con ambas, pues me doy cuenta que las dos me han acompañado en el camino. Aunque, como dice Gloria Steinmen: “Cada diosa surge de la fragmentación de una diosa: la Gran Diosa, el ser humano femenino total que vivió alguna vez en los tiempos prepatriarcales, al menos en la religión y en la imaginación” (en Shinoda, 2005: 22). Y más aún:

“La Gran Diosa era trina doncella, madre y anciana. Inmortal y eterna, encarnaba todos y cada uno de los aspectos de lo femenino. Era muchas personas en una sola. Era la Gran Diosa y poseía una infinidad de nombres. Era venerada como la fuerza vital femenina; toda vida provenía de su cuerpo y volvía a ella. Era una encarnación de la naturaleza, como creadora, sustentadora y destructora de vida. Era como la luna con sus ciclos, y como la tierra con sus estaciones. Todas las criaturas vivientes eran sus hijos, lo cual significaba que toda la vida compartía algo de su divina esencia. Las mujeres eran la imagen de la diosa, puesto que ellas también traían al mundo vidas nuevas a través de sus cuerpos y podían mantener esa vida con la leche de sus pechos. Se valoraba la

tierra fértil y la fertilidad de las mujeres. La sexualidad era un instinto natural y un placer. La sociedad se constituía por línea materna y se centraba en el matriarcado, puesto que todos conocían la identidad de la madre y los hermanos, aunque no necesariamente (y no con total seguridad) la identidad del padre” (Shinoda, 2001: 22-23).

REFERENCIAS

ARFUCH, Leonor

2016 “El giro afectivo. Emociones, subjetividad y política”, *De Signis*, núm. 24 (enero-junio), 245-254. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6181109>

2002 *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. México: Fondo de Cultura Económica.

ARTIGAS, Irene María

2013 “Reseña de Luz Aurora Pimentel. Constelaciones I. Ensayos de teoría narrativa y literatura comparada”, *Poligrafías. Revista de Teoría Literaria y Literatura Comparada*, núm. 18, 241-244.

BÉNARD, S., L. Padilla y Y. Padilla

2018 “Somos académicas privilegiadas, y aún así...”, *Astrolabio*, núm. 20, 256-275.

BLANCO, Mercedes

2011 “El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo”, *Revista Latinoamericana de Población*, vol. 5, núm. 8 (enero-junio), 5-31.

BLOCH, Marc

1988 *Los reyes taumaturgos*. México: Fondo de Cultura Económica.

2018 *Apología para la historia o el oficio de historiar*. México: Fondo de Cultura Económica.

BUQUET, Ana, Jennifer A. Cooper, Araceli Mingo y Hortensia Moreno

2013 *Intrusas en la universidad*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación.

DUSSEL, Enrique

- 2005 “Europa, modernidad y eurocentrismo”, en E. Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 41-53.
- FEBVRE, Lucien
1982 *Combates por la historia*. México: Ariel.
- FENWICK, Tara J.
2002 “Lady, Inc.: women learning, negotiating subjectivity in entrepreneurial discourses”, *International Journal of Lifelong Education*, vol. 21, núm. 2, 162-177.
- FOLBRE, Nancy
1994 *Who pays for the kids? Gender and the structures of constraint*. Nueva York: Routledge.
- GONZÁLEZ, Luis
1986 *Otra invitación a la microhistoria*. México: Fondo de Cultura Económica.
1984 *Pueblo en vilo. Historia de San José de Gracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
1973 *Invitación a la microhistoria*. México: Secretaría de Educación Pública-Setentas.
- GUZMÁN, Cynthia, Dolores Gordillo y Laura Padilla
2008 *El síndrome de desgaste profesional (burnout) en profesores de educación media superior de la ciudad de Aguascalientes*. México: Consejo Mexicano de Investigación Educativa.
- HARDING, Sandra
1987 “Is there a feminist method?”, en *Feminism and methodology*. Bloomington / Indianapolis: Indiana University Press. (Traducido al castellano por Gloria Elena Bernal).
- HERNÁNDEZ, Sara
2015 “Violencia de género en las universidades o la necesidad de una intervención educativa”, *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, vol. 1, núm. 1, 531-543.
- KRAL, Karla
2016 “Sobreviviendo al cáncer de mama en la academia. Una autoetnografía feminista”, en G. Chávez, *Salud y educación. Estudios sobre realidades plurales con perspectiva de género*. México:

Universidad de Colima, 99-127.

LÓPEZ, M.

2016 *Anita Brenner, una escritora con México en el corazón*. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes / Centro de Investigación Judía en México.

LUGONES, María

2011 “Hacia un feminismo descolonial”, *Revista La manzana de la discordia*, vol. 6, núm. 2 (julio-diciembre), 105-119.

MEYER, Jean

1973 *La Cristiada*. México: Fondo de Cultura Económica. [Tres volúmenes].

1993 *Egohistorias. El amor a Clío*. México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.

MINGO, Araceli

2006 *¿Quién mordió la manzana? Sexo, origen social y desempeño en la universidad*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género / Fondo de Cultura Económica.

MONTERO, Rosa

2013 *La ridícula idea de no volver a verte*. España: Seix Barral.

MORENO, Emilia

2000 “La transmisión de los modelos sexistas en la escuela”, en M. A. Guerra, *El harén pedagógico: perspectiva de género en la organización escolar*. España: Gaos, 11-32.

MUSITO, Gonzalo y María Jesús Cavas

2001 *La familia y la educación*. España: Octaedro.

PADILLA, Yolanda

2018 *Centro vacío. Vida y símbolo de María Angélica Álvarez Icaza*. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes.

2010 *México bajo la mirada de Anita Brenner*. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes / Plaza y Valdez.

2008 *Los desterrados. Exiliados católicos en Texas durante el carrancismo*. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes.

2001 *Después de la tempestad. La reorganización católica en Aguascalientes 1929-1950*. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes / El Colegio de Michoacán.

PRASAD, Ajnesh

2014 “Playing the game and trying not to lose myself: a doctoral student’s perspective on the institutional pressures for research output”, *Organization*, vol. 20, núm. 6, 936-938.

PULIDO, Genara

2009 “Violencia epistémica y descolonización del conocimiento”, *Revista Sociocriticism*, vol. XXIV, núms. 1-2, 177.

SCOTT, Joan

1990 “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en J. Amelang y M. Nash, *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. España: Institución Alfonso el Magnánim, pp. 23-58. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2226823>

SHINODA BOLEN, Jean

2005 *Las diosas de cada mujer*. Barcelona: Kairós.

2001 *Las diosas de la mujer madura. Arquetipos femeninos a partir de los cincuenta*, Barelona: Kairós.

SIERRA, Rosaura y Gisela Rodríguez

2005 *Feminización de la matrícula de educación superior en América Latina y el Caribe*. México: Instituto Internacional para la Educación Superior en América Latina y el Caribe, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura / Unión de Universidades de América Latina.

SURIEL, Regina, James Martínez y Venus Evans-Winter

2018 “A critical co-constructed autoethnography of a gendered cross-cultural mentoring between two early career latin@ scholars working in the Deep South”, *Educational Studies*, vol. 54, núm. 2, 165–182.

TERÁN, Evangelina

2005 *Memorias ancladas. Mujeres en la historia de la ciudad de Aguascalientes, 1940-1970*. México: Al Filo del Agua.

VALDEZ, Francisco

1996 “Unpacking hetero-patriarchy: tracing the conflation of sex, gender & sexual orientation to its origins”, *Yale Journal of Law and the Humanities*, vol. 8, núm. 1. <<https://digitalcommons.law.yale.edu/yjlh/vol8/iss1/7>>.

WEISS, Eduardo

2012 *Jóvenes y bachillerato*. México: Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (Colección Biblioteca de la Educación Superior).

WHITE, Hyden

1978 *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona: Paidós.

